

Sexo y erotismo en el Antiguo Egipto

Benjamin Collado Hinarejos

Portada: Imagen del papiro erótico de Turín modificada por el autor.



Grupo de terracota datado en época ptolemaica mostrando una pareja en pleno acto sexual, acompañados de otros individuos representados en un tamaño menor. Obsérvese que el varón protagonista, aparte de un descomunal miembro, presenta la coleta lateral que en el

Antiguo Egipto identificaba a los niños. Museo de Brooklyn (Nueva York).

Sobre el autor

El amor por la historia y la arqueología me ha acompañado desde niño, y he tenido la suerte de crecer en una zona rica en restos procedentes de diversas culturas pasadas; algo que me ha dado la oportunidad de participar en numerosas excavaciones arqueológicas en yacimientos de época ibérica y romana en la Comunidad Valenciana (España). Soy licenciado en Historia, especializado en Historia Antigua y Protohistoria, y hasta ahora he publicado en papel los libros: “Los íberos” (Akal, 2013), “Los íberos y su mundo” (Akal, 2014) y “Los íberos y la guerra” (Amazon, 2015). En formato electrónico he publicado “El escondite de las momias reales” (Amazon KDP, 2014), “La tumba de Tutankamon y la maldición de las momias” (Amazon KDP, 2014) y “Los íberos y la guerra” (Amazon KDP, 2014).

© Benjamín Collado Hinarejos, 2015. Reservados todos los derechos sobre el texto y las imágenes del autor. Queda prohibida la reproducción total o parcial del texto y de las imágenes propiedad del autor sin su expresa autorización.

Sexo y erotismo en el Antiguo Egipto

Tabla de contenidos

Sobre el autor

Sexo y erotismo en el Antiguo Egipto

Tabla de contenidos

1.- Introducción

2.- El estudio de la sexualidad en el Egipto antiguo

3.- Los dioses y el sexo

4.- Matrimonio: del amor y el desamor

5.- Ginecología, afrodisíacos, contracepción y aborto

6.- La práctica sexual: qué gustaba a los egipcios en la cama

7.- El papiro erótico de Turín

8.- La homosexualidad

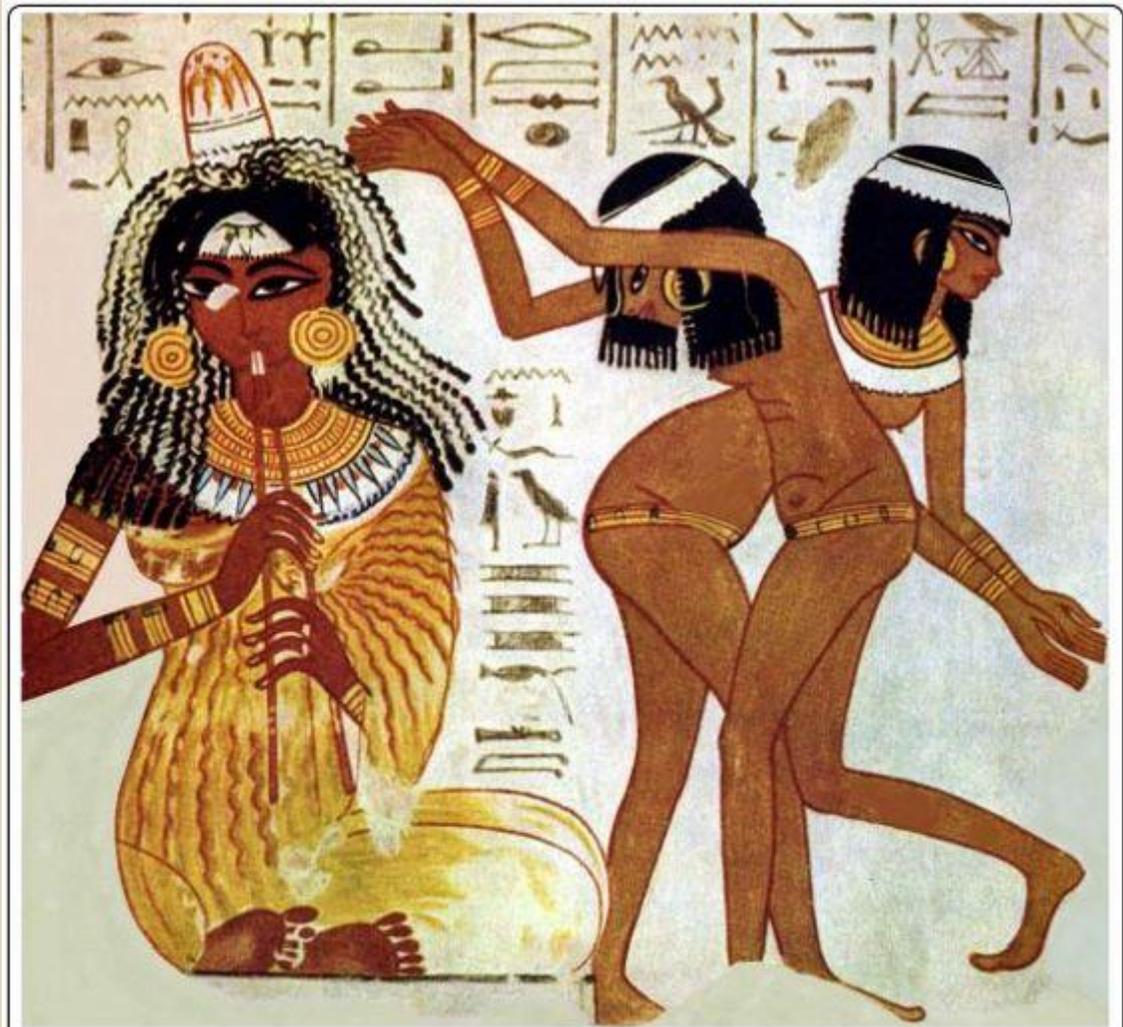
9.- La prostitución

10.- Poesía erótica

11.- Conclusión

Bibliografía

Créditos imágenes:



1.- Detalle de escena de músicas y bailarinas pintada en los muros de la tumba de Nebamun en Tebas (S. XIV a.C.).

Imágenes llenas de sensualidad como esta han calado en el imaginario popular. Museo Británico de Londres.

1.- Introducción

¿Cuál es la idea que tenemos del erotismo en el Antiguo Egipto?

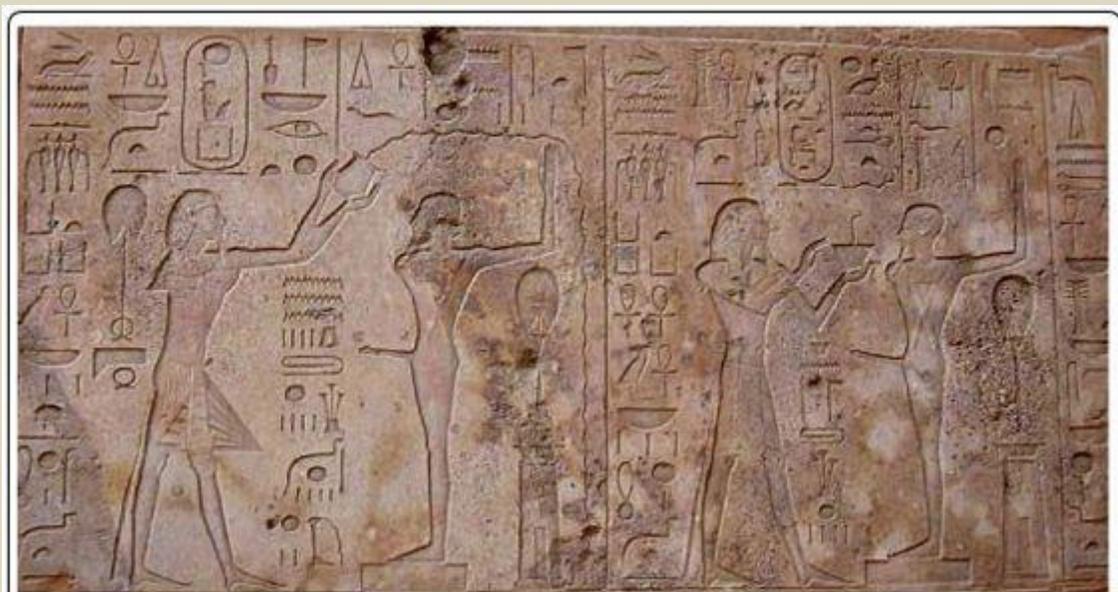
Seguramente a la mayoría de personas a las que hagamos esta pregunta lo primero que les venga a la cabeza sea la imagen de unas bailarinas ligeras de ropa que se contornean lascivas ante el faraón que, complacido, observa el espectáculo sentado en su trono mientras unas jóvenes criadas, casi unas niñas, le sirven vino desnudas o cubriéndose apenas con algunas transparencias.

Si a estas imágenes, que ciertamente son reales y ampliamente representadas en el arte egipcio, unimos informaciones interesadas transmitidas por otras fuentes antiguas, principalmente romanas, que se cebaron con la “depravada” Cleopatra, la reina que escandalizó a Roma seduciendo a algunos de sus más ilustres hijos (Julio Cesar y Marco Antonio), y cuya vida sexual se encargaron de airear y amplificar hasta el absurdo; comprenderemos por qué ha calado en el imaginario popular la idea de un Egipto completamente desinhibido sexualmente, cuando no pervertido y degenerado, en el que se daban cita todas las conductas sexuales posibles, incluidas las consideradas como más reprobables.

Pero lo cierto es que nos encontramos con la paradoja de que a pesar de estar ante una cultura en la que la sexualidad se trataba con mayor naturalidad y libertad que en otros pueblos de la antigüedad como pudieran ser el griego o el romano, apenas nos han dejado muestras de arte erótico ni menciones explícitas a la práctica sexual más allá de las que se desarrollaban entre sus dioses; todo lo contrario que en los otros dos pueblos mencionados, donde son numerosísimos los relatos escritos de temática abiertamente erótica, así como las representaciones sexuales en la pintura, escultura, joyería etc.

Aún así los datos parecen indicar que en el antiguo Egipto el sexo se vería en general como una actividad abierta, muy alejada de las connotaciones negativas y los sentimientos de culpa que vemos en otras culturas, tanto antiguas como actuales. Pero no podemos olvidar que la cultura egipcia se desarrolló a lo largo de más de 3.000 años, con lo que es muy probable que durante ese vasto periodo de tiempo la visión sobre la sexualidad y el erotismo fuera cambiando y atravesara periodos de mayor o menor libertad y permisividad o incluso tuviera sus modas. Esto es algo que se ha podido comprobar en no pocas ocasiones, por ejemplo en la decoración de una tumba de la XVIII dinastía, donde originariamente se pintó a una sirvienta desnuda, pero varias décadas más tarde su nuevo propietario consideró que esa imagen no era apropiada e hizo retocarla añadiéndole ropajes que cubrieran su cuerpo. Es solo una muestra y podría tratarse simplemente de una cuestión de gustos personales, pero no es el único indicio.

Tanto en las pinturas y bajorrelieves de las tumbas y monumentos como en algunos papiros es relativamente frecuente encontrar escenas con hombres y mujeres totalmente desnudos o apenas cubiertos; algo que ha contribuido a dar esa imagen de sociedad empapada de erotismo y sensualidad. Pero a pesar de que algunos autores actuales han insistido en la idea de que quizá para los egipcios estas imágenes no tendrían las implicaciones eróticas que nosotros percibimos, las referencias encontradas en diversos textos, sobre todo en la poesía amorosa de época ramésida, nos dicen lo contrario, para ellos los cuerpos semidesnudos, los pechos al aire y los vestidos transparentes tenían la misma carga erótica que para nosotros.



2.- Bajorrelieve en uno de los muros de la Capilla Roja del templo de Karnak con dos imágenes del dios Min representado en la forma habitual: con un tocado de plumas, la mano derecha levantada y el pene erecto. En la izquierda vemos como el faraón purifica la estatua del dios con agua, mientras que en la derecha lo hace con incienso.

Tampoco debemos olvidar que el egipcio era un pueblo muy religioso, y el hecho de que en sus textos e imágenes sagradas aparezcan frecuentes alusiones a relaciones sexuales, incluidos incestos, adulterios, masturbaciones, homosexualidad, e incluso actos de necrofilia, habría contribuido de una forma decisiva a que la sexualidad se viera como algo

completamente natural, tanto en esta vida como en la otra, aunque muy alejado de esa visión de excesos que quisieron transmitir algunas fuentes posteriores.

En las páginas que siguen me propongo trazar un somero esbozo del modo en que esta cultura milenaria se aproximó a un aspecto tan importante de las relaciones humanas como es la sexualidad, y el modo en el que fue plasmada en sus obras de arte y en sus escritos. Y lo hago consciente de la dificultad, por no decir imposibilidad, de tratar el tema alejándome de los prejuicios y condicionamientos impuestos por la cultura que nos ha tocado vivir, muy alejada en todos los aspectos de la que se desarrolló a orillas del Nilo hace más de 5000 años.



3.- Curiosa representación que aparece en un papiro funerario de la cantora de Amón Henuttawy (c.1070-945 a.C.), en la que vemos al dios Geb realizándose una autofelación, y sobre él encontramos una figura arqueada y con el cuerpo cubierto de estrellas en la forma en que se suele representar a su mujer Nut, la bóveda celeste, pero que en este caso ha sido representada como un varón con un enorme pene erecto, y que se identifica con Osiris. Museo Británico de Londres.

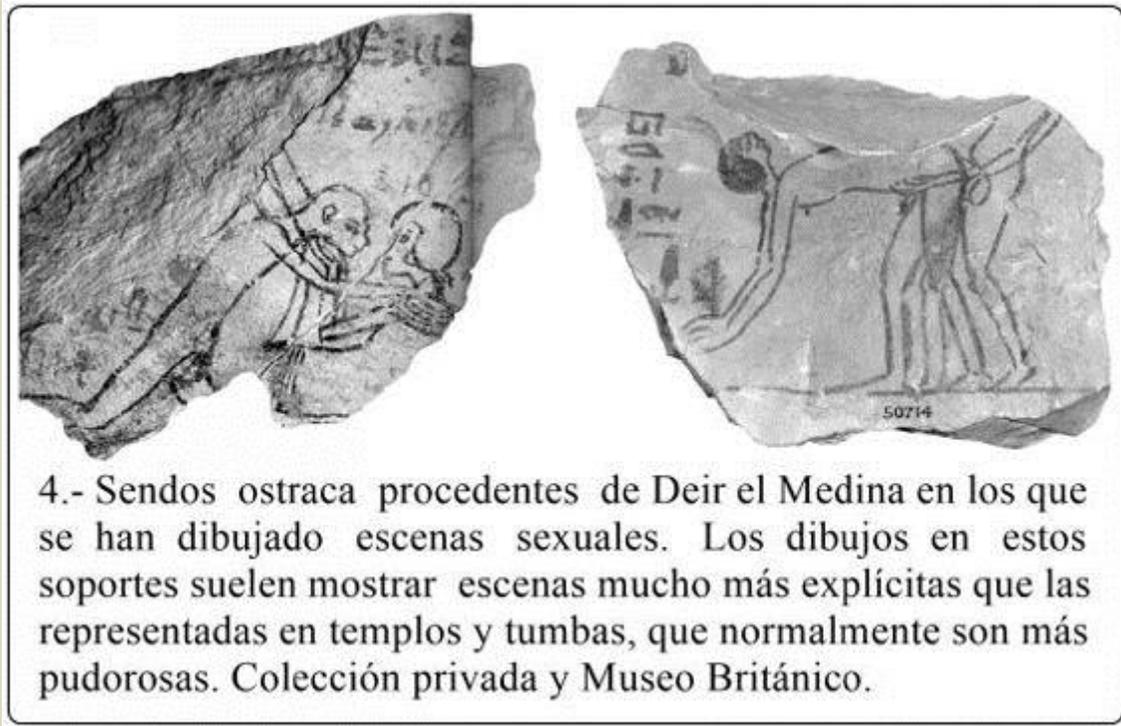
2.- El estudio de la sexualidad en el Egipto antiguo

A la hora de estudiar esta importante faceta de la vida egipcia debemos echar mano de dos tipos de fuentes. Por un lado encontramos una serie de representaciones artísticas en los más diversos formatos, y por otra parte contamos con un importante número de textos.

Cuando analizamos los textos tenemos que hacer una diferenciación entre aquellos que aparecen grabados en los monumentos y tumbas, que tienden a ser un poco más “pudorosos”, y los papiros escritos, que pueden ser de muy diversa temática: desde libros prácticos sobre medicina, enseñanzas, relatos de viajes, interpretación de sueños, etc., a obras puramente literarias como cuentos o poemas. Algunos de estos textos pueden ser de lo más explícitos.

Por lo que respecta a las representaciones artísticas, estas aparecen en todo tipo de soportes y formatos. Desde los relieves y gran estatuaria oficial que encontramos en templos, monumentos y tumbas de la realeza y altos dignatarios, acompañados en muchos casos de pinturas con la misma estética y tratamiento del erotismo, a las obras más populares, como amuletos, pequeñas esculturas y objetos de uso cotidiano a los que se da forma o decora con motivos eróticos, sin olvidar los dibujos sobre

papiro. No podemos dejar de lado los dibujos y grabados encontrados en las paredes de piedra de algunas canteras y los realizados sobre *ostraca* (Pequeñas lajas de piedra o cerámica sobre las que se trazaban esbozos de dibujos o textos) que suelen mostrar las escenas de sexo más explícitas y desenfadadas.



Al igual que en los textos, en las imágenes se aprecia una gran diferencia entre el arte “oficial”, en el que las únicas escenas de carácter erótico-sexual suelen ser las protagonizadas por los dioses, y el arte popular, en los que estas escenas son más abundantes y en muchos casos rallan lo pornográfico.

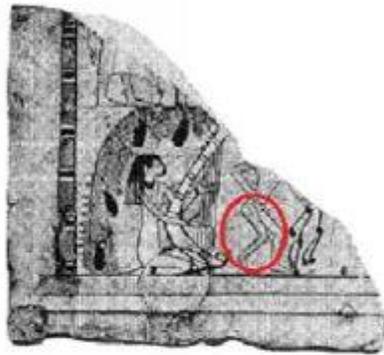
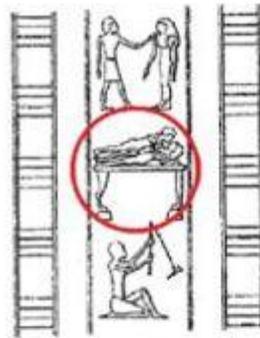
De los datos de que disponemos parece desprenderse una diferencia cronológica entre las fuentes escritas y las plásticas ya que, mientras que la mayoría de textos con referencias eróticas corresponden al Imperio Nuevo (Siglos XVI a XI a.C.), las representaciones gráficas más abundantes las encontramos durante el periodo grecorromano, que se inicia a finales del siglo IV a.C., aunque esto habría de ser matizado, ya que la obra clave del erotismo egipcio –el papiro de Turín– está datado entre los siglos XII y XI a.C. Pero no debemos olvidar que estamos ante un documento único (por ahora).

Al estudiar los documentos que han llegado hasta nosotros es importante tener en cuenta el público al que estos estaban dirigidos. Por

una parte tenemos los denominados “textos sapienciales” o “enseñanzas”, documentos escritos por hombres y para hombres, ya que parece constatado que a la inmensa mayoría de mujeres les estaba vetado el aprendizaje de la lectura y escritura. Mientras que por otro lado encontramos los cuentos y otras obras literarias que estaban dirigidas a un público más amplio y de ambos sexos, que por lo general los conocería a través de narradores, no por su lectura directa.

En los primeros se dan consejos morales y prácticos a los varones (por supuesto los de clase alta) y se les indica la conducta correcta que se espera de ellos y los peligros que entrañan determinados comportamientos de las mujeres, a las que se considera infieles por naturaleza; mientras que en los textos literarios, que como decimos serían narrados con frecuencia para un público mixto, se muestran las consecuencias para sus protagonistas de los comportamientos considerados incorrectos (entre ellos los relacionados con el ámbito sexual), fueran estos protagonizados por hombres o por mujeres.

Sea como fuere, lo cierto es que nos encontramos en general con una considerable escasez de referencias y representaciones relacionadas con el erotismo y la sexualidad, sobre todo para los periodos más antiguos. Esto se hace más evidente cuando comparamos la cultura egipcia con otras como la griega, la etrusca o la romana, y ese es el motivo por el que a partir de la conquista de Alejandro Magno en el 332 a.C. las representaciones eróticas en el arte egipcio aumentan de una forma importante, dado que el país del Nilo entra a formar parte del mundo griego.



5.- Dos ejemplos que ilustran a la perfección la autocensura de algunos investigadores al copiar o reproducir imágenes con contenido sexual. A la izquierda fragmento de cuero pintado del que W.C. Hayes, en una publicación de 1990 hizo desaparecer el pene que colgaba a la figura masculina. A la derecha, parte de jeroglífico localizado en la tumba Beni Hasan II, en el Egipto Medio, que muestra una de las escasísimas imágenes de cópula con el varón tumbado sobre la mujer. P.E. Newberry, al copiarla en 1893, eliminó la pareja dejando solo la cama.

No debemos olvidar que los primeros investigadores que estudiaron el Egipto antiguo no tenían por regla general una mentalidad tan abierta como la nuestra, con lo que en muchos casos su actitud hacia las piezas con temática erótica localizadas variaría desde la indiferencia o el desdén hasta el desprecio total, que podía incluso desembocar en su destrucción, lo que nos ha privado de muchas de ellas. Una posición intermedia es la

censura que encontramos en diversas reproducciones de imágenes realizadas por los mismos estudiosos, de las que se han eliminado las partes consideradas obscenas. Lo más llamativo de esto es que encontramos ejemplos de esta censura incluso en imágenes publicadas a finales del siglo XX, algo que consideramos inaudito y totalmente fuera de lugar.

Imágenes codificadas.- Indicábamos que las representaciones de relaciones sexuales explícitas en la iconografía egipcia eran muy escasas, pero en realidad podrían ser mucho más numerosas de lo que puede parecer a simple vista, y es que son muchos los egiptólogos que consideran que con frecuencia estas relaciones no se mostrarían de forma abierta y evidente, sino mediante la utilización de símbolos y convenciones artísticas que serían conocidas por los observadores de la época, aunque en muchos casos a nosotros se nos escapan. Esto sería más frecuente en las imágenes representadas en los templos y tumbas reales, en las que había que mantener un cierto “decoro”, mientras que en las tumbas privadas los artistas se podían tomar ciertas libertades, aunque tampoco muchas.

El ejemplo perfecto lo encontramos en uno de los más conocidos convencionalismos, el de mostrar a Isis en forma de milano volando sobre el cuerpo momificado de su esposo y hermano Osiris o posándose sobre él. No hay nada más, pero todos sabían que la diosa había tenido relaciones sexuales con el difunto tras transformarse en esa ave. Se sugiere lo que ocurre pero no se muestra nada, no es necesario, porque la historia es conocida por todos los que la ven.

Otras convenciones consideradas por los investigadores como referencias eróticas no son tan evidentes para nosotros, por ejemplo las escenas de parejas completamente vestidas sentadas en la cama, que algunos investigadores consideran que indican el preludio del encuentro sexual, que por supuesto no se muestra aunque se sobreentiende. También las escenas de pesca en las que la mujer aparece en la barca vestida con sus mejores galas, enjoyada y con peluca –algo completamente ilógico en esa situación– mientras el marido lanza el arpón. Hay quien entiende que se asimila el lanzar y clavar el arma con el acto sexual.

También habría que llamar la atención sobre aquellas escenas en las que aparecen mujeres portando ostentosas pelucas, ya que la peluca también parece indicar la disposición de la mujer para el sexo. En el papiro d’Orbiney encontramos este pasaje:

"Me encontró sentada completamente sola. Entonces me dijo: ven, pasemos un rato juntos, acostémonos. Ponte tu peluca".

Como vemos estamos muy lejos de comprender en su totalidad la mentalidad egipcia y su forma de enfrentarse a esta faceta de la vida, pero debemos confiar en que los avances que se van produciendo, aunque más lentos de lo que nos gustaría, desemboquen pronto en un mayor entendimiento de todas y cada una de las vertientes de esta fascinante cultura.



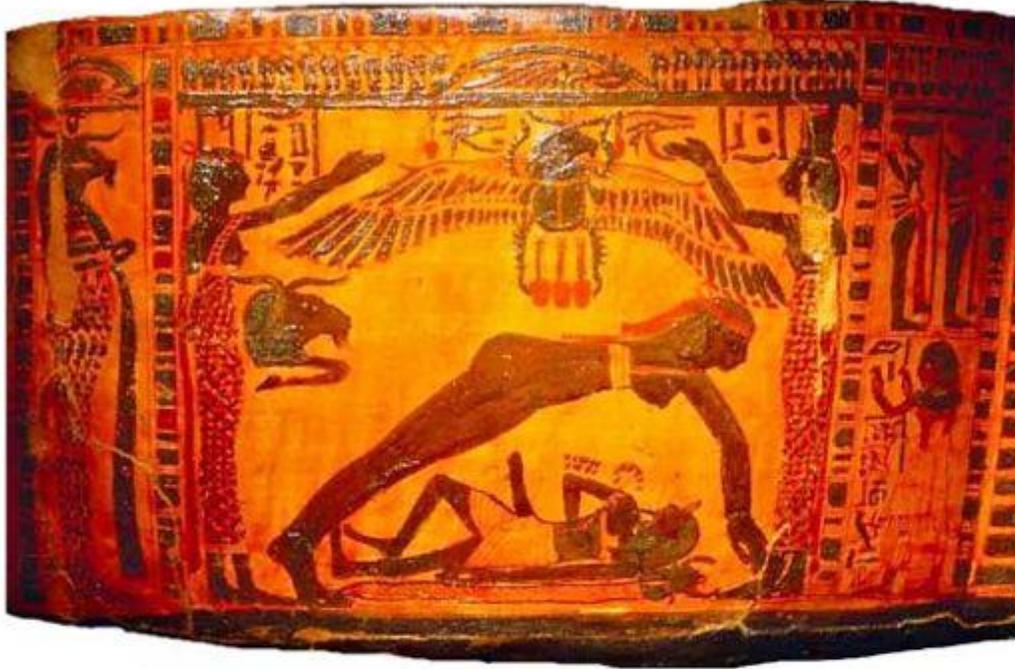
6.- Representación del dios Atun-Min-Kamufet con los atributos típicos de Min: aspecto mumiforme, la mano derecha levantada, y el pene erecto. Una peculiaridad de esta figura en concreto es que en vez del tocado de plumas presenta la corona blanca del Alto Egipto. Siglo VII a.C. Museo de Arte Walters, Baltimore.

3.- Los dioses y el sexo

Ya hemos indicado anteriormente que uno de los motivos por los cuales la sexualidad era vista como una faceta más de la vida diaria de los egipcios era el hecho de que su religión estaba impregnada de episodios sexuales. En sus cosmogonías (parte de la mitología que narra el nacimiento del mundo) y en las relaciones entre los dioses, el sexo aparecía con frecuencia en todas sus expresiones posibles, y de este modo era representado de forma habitual en monumentos, tumbas y papiros religiosos, con las limitaciones que hemos comentado anteriormente.

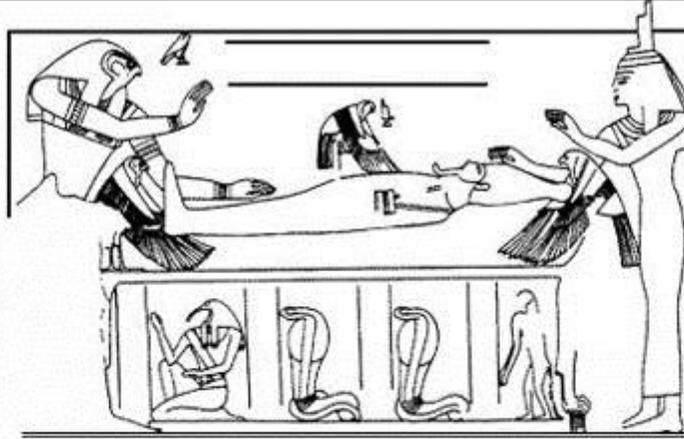
El más conocido de estos episodios de corte sexual es además uno de los más importantes, ya que narra la creación del mundo en la cosmogonía heliopolitana (de Heliópolis, *Iunu* para los antiguos egipcios). En él la suprema divinidad egipcia, Atum-Ra, el dios sol, se creó a sí mismo de la nada, y al carecer de mujer con la que tener descendencia se masturbó y derramó su semen sobre el suelo. De este semen surgieron Shu, dios de la luz y el aire, y Tefnut, diosa de la humedad. Según otra versión el dios, al masturbarse, recogió el semen en su boca, que representaría la parte femenina del acto, escupiendo a sus dos hijos completamente formados. Estos se unieron ya de un modo natural engendrando a Nut, la bóveda celeste, y Geb, dios de la tierra.

A pesar de ser hermanos Nut y Geb mantenían relaciones sexuales de forma continua, pero su padre Shu, por orden de Ra, prohibió esta relación. Este es el motivo por el cual en las representaciones artísticas suele aparecer Nut arqueada y cubierta de estrellas, sobre Geb que está tumbado en el suelo, y a menudo Shu entre ambos, separándolos. Al separar el cielo de la tierra se dejó espacio para el desarrollo de la vida. En algunas representaciones Geb aparece con el miembro erecto o, incluso, realizándose una autofelación, quizá como forma de aplacar su deseo sexual hacia Nut.



7.- Detalle del sarcófago de Butehamon. Vemos a la diosa Nut, representada como la bóveda celeste, arqueada sobre su esposo Geb, la tierra, que aparece con el pene en erección para mostrar su deseo hacia Nut, de la que se encuentra forzosamente separado. Museo Egipcio de Turín

Pero los dos amantes idearon una estratagema para poder unirse, aunque solo fuera muy de cuando en cuando. La prohibición que pesaba sobre ellos les impedía estar juntos y tener descendencia durante los 360 días del calendario egipcio, pero Nut, con la ayuda del sabio Thot, consiguió que la luna le proporcionara luz suficiente para crear cinco días más (los llamados días epagómenos). Durante esos cinco días añadidos fueron naciendo sus cinco hijos: Osiris, Horus, Seth, Neftis, e Isis.



8.- Una de las muchas versiones de la escena en que la diosa Isis, representada como un milano, se posa sobre el cadáver itifálico de su esposo Osiris para mantener relaciones sexuales con él. Tras la mágica cópula Osiris renacerá en la otra vida, mientras que la diosa quedará embarazada del dios Horus. Calco de un relieve del templo de Sethi I en Abydos. (s. XIII a.C.).

Otro de los mitos de mayor importancia en la religión egipcia es el de Osiris. Según este, Seth asesinó a su hermano Osiris, descuartizó su cuerpo y repartió los pedazos por todo Egipto. Pero Isis, la esposa del fallecido, ayudada por su hermana Neftis y su sobrino Anubis, consiguió recuperar todos los trozos, bueno, todos no, ya que casualmente el único pedazo que no apareció fue el pene, que había sido arrojado por Seth al Nilo, donde fue comido por un pez (un oxirrinco). Finalmente Isis consiguió recomponer el cuerpo de su esposo creando la primera momia, y sustituyó el miembro perdido por otro artificial, lo que le permitió copular con él transformada en pájaro y quedar así mágicamente embarazada. Esta cópula permitió también a Osiris renacer en la otra vida como divinidad, mientras que Isis dio a luz a Horus, el dios representado con cabeza de halcón, que se convertiría más tarde en rey de Egipto (no confundir con Horus el viejo, hijo de Nut y Geb).

Como vemos, hasta ahora todas las relaciones son incestuosas, ya que no había más seres “humanos” sobre la tierra que este grupo de dioses. Y no acaba ahí la cosa, porque según Plutarco Anubis habría nacido de una relación adúltera entre Osiris y Neftis, esposa de Seth. La diosa habría embriagado a Osiris, que se acostó con ella pensando que lo

hacia con su propia esposa Isis. Con este acto Neftis consiguió tener un hijo, ya que su marido Seth era estéril.

Otra divinidad relacionada con la sexualidad sería Hathor, diosa de las mujeres, de la fertilidad, del amor, la alegría, las borracheras, la belleza y el goce sexual; no olvidemos que para la mentalidad egipcia fertilidad y placer estaban íntimamente relacionados. En algunos textos Hathor aparece como “Señora de la vulva” o “La mano de Dios”, epíteto este último relacionado con la masturbación de Atum en el momento de la creación. Su culto está muy vinculado con el de Bes, y los griegos la identificaron con Afrodita. Se le solían dedicar exvotos en forma de figuritas femeninas con el triángulo púbico muy marcado, así como falos de madera como los encontrados en gran número en la capilla de Hathor del templo de Deir el Bahari.

En la poesía erótica suelen referirse a ella como “La Dorada”:

“Él desconoce mi deseo de abrazarlo
o podría escribirle a mi madre.
Amante, estoy destinado a ti
por *La Dorada* de las mujeres.
Ven a mí para que pueda ver tu perfección”.
(Papiro Chester Beatty I, grupo A, nº 32)

Min era el dios de la sexualidad masculina, por lo que se le solía representar como un hombre con el pene erecto. En algunas fuentes aparece como esposo de Hator, mientras que en otras es considerado su hijo, y al menos en el Imperio Nuevo estaba muy presente en los ritos de coronación de los nuevos faraones, ya que a este dios se confiaba la potencia del nuevo rey y se pedía el nacimiento del futuro heredero. Se le asociaba con el toro blanco y con la lechuga, que como veremos más adelante se consideraba un potente afrodisíaco.

Algunos autores señalan que originariamente este dios no tendría esa consideración de protector de la virilidad masculina, sino que sería más bien una divinidad protectora que trataba de detener los peligros con su mano siempre levantada y su pene amenazante en permanente erección.

Además de las relaciones exclusivamente entre dioses también las había mixtas, entre una divinidad y un ser humano, este generalmente miembro de la realeza. Las más conocidas son aquellas en las que un dios toma la forma del rey para copular con la reina; de este modo nacía un niño totalmente legitimado para acceder al trono, ya que había sido

engendrado por un dios.

Los ejemplos más conocidos de este tipo de episodios están representados en los templos de Hatshepsut en Deir el Bahari y de Amenhotep III en Luxor, y en ambos casos las reinas reconocen al dios Amón-Ra, que se mete en sus camas bajo la forma de sus respectivos maridos, algo por lo que ellas se sienten muy honradas.

En los muros de Deir el Bahari se narra así el encuentro del dios con la madre de la futura reina Hatsepsut:

“El sublime Amón, señor del trono de ambos reinos se había transformado en su Majestad su marido, rey del Alto y Bajo Egipto. La encontró dormida en su palacio. Despertada por la fragancia divina, sonrió a su Majestad. Él entonces se le aproximó ardientemente y se le mostró en su forma divina. Ella se regocijó a la vista de su belleza. El amor inundó todo su cuerpo y el palacio se llenó de la dulzura divina de todos los perfumes de la Tierra de Punt”

Pero una cosa eran las relaciones entre los dioses y la realeza y otra muy diferente las del resto de los humanos, que debían mantenerse alejados de los muros sagrados para según qué cosas. De acuerdo con Herodoto (II, 64), los egipcios fueron los primeros en prohibir mantener relaciones sexuales dentro de los templos, y no solo eso, sino que quien ya las hubiera mantenido estaba obligado a lavarse antes de penetrar en el recinto sagrado. Por su parte los sacerdotes debían observar varios días de abstinencia sexual antes de desarrollar sus funciones en el templo.



9.- Estatuilla de piedra pintada de época grecorromana representando a un hombre de pene descomunal. Este tipo de figuritas se hicieron muy populares en la etapa final del mundo egipcio. Colección particular.

Culto fálico.- Son muchos los indicios de que en el antiguo Egipto existió un culto al falo como símbolo de la fertilidad masculina. A pesar de que a lo largo de la historia de las investigaciones en Egipto han sido muchos los intentos por esconder, cuando no destruir, estas evidencias, aún contamos con bastantes piezas entre las que destacan las numerosas estatuillas de los dioses Bes y Min en posición itifálica (con el pene erecto) que se han localizado, aunque los primeros ejemplos conocidos de figuritas masculinas con un gran miembro erecto proceden ya de época predinástica.

Herodoto nos describe, ya en el siglo V a.C., celebraciones en honor a Osiris, que él asimila con Dionisos, en las que era evidente la importancia del culto al falo en relación a esta divinidad:

“Celebran los egipcios lo restante de la fiesta (en honor a Osiris-Dionisos) con el mismo aparato que los griegos. En vez de los falos usados entre los últimos, han inventado aquellos unos muñecos de un codo de altura, y movibles por medio de resortes, que llevan por las calles

las mujeres moviendo y agitando obscenamente un miembro casi tan grande como lo restante del cuerpo. (...) El movimiento obsceno del ídolo y la desproporción de aquel miembro no dejan de ser para los egipcios un misterio que cuentan entre los demás de su religión”. (Historia II, 48)



10.- Escena pintada en la tumba de Nebamun (S. XIV a.C.) en la que se representa al difunto acompañado de su esposa y una hija mientras caza aves en el pantano. Museo Británico de Londres.

4.- Matrimonio: del amor y el desamor

En el antiguo Egipto el matrimonio se consideraba el estado ideal tanto para los hombres como para las mujeres, y la familia nuclear (la pareja junto a sus hijos) era considerada el eje sobre el que debía girar la sociedad egipcia, con lo que incluso los dioses eran agrupados de este modo. Era tal la importancia que le daban a este modelo familiar que carecían de nombres para denominar al resto de parientes, por ejemplo, el término padre era utilizado también para denominar al abuelo, mientras

que se utilizaba el mismo vocablo para denominar al hijo, al nieto y al sobrino.

En otras culturas antiguas del Mediterráneo, como la griega o la romana, los hombres intentaban prolongar su soltería todo lo posible, con lo que por ejemplo para un griego era normal contraer matrimonio entrada ya la treintena, sin embargo para los varones egipcios esa sería una edad demasiado tardía. En las Enseñanzas de Ani se lee lo que sigue:

“Toma una mujer mientras seas joven, para que ella haga un hijo para ti. Ella parirá para ti cuando seas joven. Enseña a tus hijos a ser adultos. Feliz es el hombre cuyas gentes son numerosas, se le respeta en proporción a sus hijos” (*Ani* máxima 6, III, 1-3). Traducción Marc Orriols.

Las mujeres se casaban más jóvenes que los hombres, ya que eran consideradas aptas para el matrimonio tan pronto alcanzaban la pubertad, mientras que entre los varones era frecuente posponer el casamiento hasta que tenían un medio de vida, con lo que era normal para ellos casarse entre los 16 y los 20 años. Los estudios realizados en contratos de época ptolemaica indican que lo más habitual en aquel periodo era que las chicas se casaran a los 12/13 años, aunque hay pruebas evidentes de que esto no siempre era así y se entregaban al matrimonio niñas bastante menores. Tenemos datos para el periodo romano que nos hablan de niñas casadas con ocho, nueve y diez años, y una momia, también tardía, tiene escrito sobre sus vendas que corresponde a una chica casada de once años.

Esto ha ocasionado que muchos autores consideren que la pederastia era habitual entre los antiguos egipcios, algo que habría que matizar, ya que no podemos observar las costumbres y cánones sociales de un pueblo que desapareció hace 2.000 años desde la mentalidad de un occidental del siglo XXI. Más adelante comentaremos una cita de Estrabón en la que señala como motivo de orgullo para sus padres que una hija preadolescente de buena familia ejerciera la prostitución sagrada en el templo de Amón.

No olvidemos que, incluso hoy en día, los matrimonios de adultos con muchachas que no han alcanzado aún la pubertad son bastante habituales en muchos países del planeta, sobre todo en el mundo musulmán.

Los datos de que disponemos nos dicen que entre los egipcios corrientes la poligamia sería rarísima, y esto era así principalmente por una cuestión económica. Como veremos más adelante, en el Egipto

antiguo las mujeres casadas y sus hijos contaban con una considerable protección jurídica, con lo que pocos hombres se podían permitir dos esposas. Aún así los más pudientes podían tener más de una, a las que con frecuencia se sumarían algunas concubinas. Por supuesto la cosa era muy diferente para la realeza, ya que era normal que los faraones tuvieran varias esposas, a menudo algunas de ellas extranjeras, entregadas en matrimonio como parte de pactos de amistad entre estados. Por ejemplo las fuentes escritas nos dicen que Ramsés II tuvo siete esposas, entre ellas una hermana y tres de sus hijas, y un gran número de concubinas, que le dieron un centenar de hijos a lo largo de su dilatada vida (se estima que vivió unos 92 años). Algunos investigadores han señalado que al casarse con su hermana e hijas lo que el faraón pretendía en realidad era distinguirlas con la dignidad real más que formar matrimonios verdaderos.

También han llegado hasta nosotros algunos posibles casos de poliandria (una mujer con más de un esposo), aunque son muy dudosos. Por ejemplo, en la tumba de Henet-Nofret la difunta aparece acompañada por sus dos maridos, y en algún texto también se hace mención a más de un esposo. El problema es dilucidar si estos múltiples maridos coexistieron de una manera simultánea o se trataba de matrimonios sucesivos tras enviudar o divorciarse la mujer, algo que no queda claro, ya que es posible que una mujer simplemente quisiera verse representada en su tumba junto a sus sucesivos maridos en caso de haber enviudado. Más difícil sería que esto mismo se diera en caso de divorcio.

Dado que las relaciones prematrimoniales parecen haber sido habituales y socialmente aceptadas sin mayores problemas, la virginidad de las mujeres no sería excesivamente tenida en cuenta a la hora de contraer matrimonio. Y es que era normal que los jóvenes (y no tan jóvenes) se reunieran en las conocidas como “casas de cerveza”, donde los asistentes bailaban, cantaban, jugaba y bebían cerveza, a menudo demasiada, con lo que no sería de extrañar que muchas parejas, desinhibidas por el alcohol, terminaran retozando por cualquier rincón. Tampoco sería raro encontrar en estos lugares prostitutas ofreciendo sus servicios de una manera más o menos encubierta.

Curiosamente, a pesar de la gran importancia que los egipcios daban al matrimonio no se conoce la existencia de ceremonias matrimoniales de ningún tipo, simplemente una pareja se consideraba casada cuando los contrayentes comenzaban a vivir juntos, normalmente tras mudarse la mujer a la casa del marido. Se trataba en realidad de un simple acuerdo privado que no quedaba recogido en ningún tipo de registro, aunque consideramos que, por lógica, un acto tan importante

para ellos debía refrendarse de algún modo, por poco solemne que fuera este. De lo que sí se tiene constancia es de que con ocasión de los esponsales se celebraban con frecuencia fiestas familiares más o menos fastuosas dependiendo de las posibilidades de las familias de los contrayentes.

Otra diferencia importante con otras culturas contemporáneas es que, como norma general, entre los egipcios parece ser que los matrimonios no eran impuestos por los padres, aunque el consentimiento paterno sí sería preceptivo. De este modo con frecuencia serían los contrayentes los que, libremente, elegirían la pareja con la que querían compartir su vida. Aunque insistimos en que esto no quiere decir que los padres no influyeran en la elección, sobre todo si hablamos de las chicas, que como ya hemos indicado podían contraer matrimonio a una edad muy temprana, cuando en realidad seguían siendo unas niñas.

Encontramos abundantes muestras de este cariño entre jóvenes novios en los muchos poemas amorosos que han llegado hasta nosotros, y que veremos con más detenimiento en el capítulo dedicado a ello.

También contamos con un número considerable de contratos matrimoniales, en los que se detallan una serie de cláusulas que afectan sobre todo a aspectos económicos de la nueva pareja. Estos contratos no tenían por qué redactarse en el momento mismo del matrimonio, ya que podían hacerse a posteriori, y comienzan a ponerse por escrito a partir del siglo VIII a.C., aunque es posible que existieran ya antes. En ellos se suele incluir los bienes que la flamante esposa aporta al hogar: efectos personales como ropa o joyas, utensilios y otro equipamiento del hogar. Estos objetos eran propiedad de la esposa, con lo que si la pareja se disolvía volvían a ella, ya que entre los egipcios se daba la separación de bienes de forma generalizada, cada uno de los contrayentes seguía conservando sus pertenencias pasara lo que pasara. Además, en caso de divorcio se repartían los bienes adquiridos durante el matrimonio.

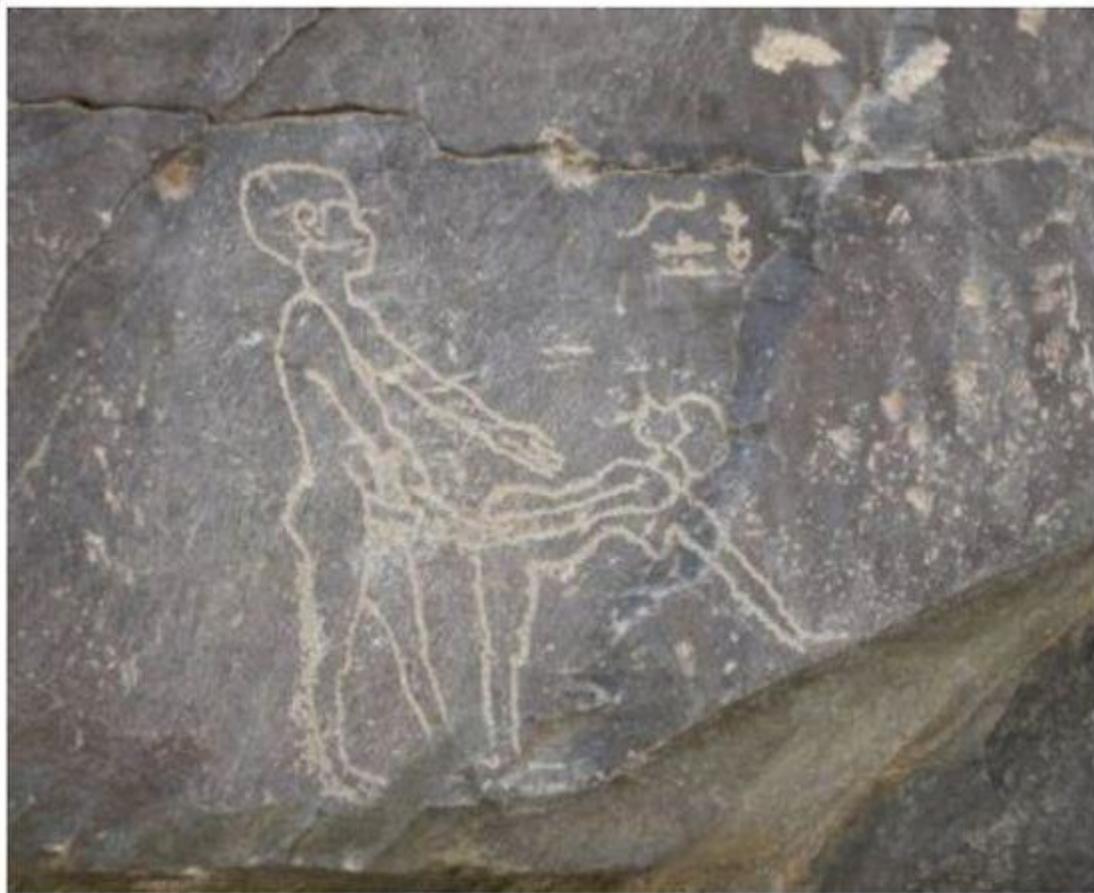
En algunos de los contratos conservados el hombre paga una cantidad de dinero a la familia de la novia al formalizar el casamiento, cantidad que podía ser muy variable. No sabemos si esto se haría como símbolo de que sus intenciones eran serias o como “indemnización” al padre por la pérdida del trabajo de la hija. Sin embargo en otros se da el caso contrario, es la mujer la que hace entrega de una cantidad a su nuevo marido como pago de su mantenimiento, y en el contrato se especifica incluso las cantidades que este tiene que gastar en ella tanto en alimentación como en ropa, a la vez que le da garantías de proporcionarle un lugar digno donde vivir. En caso de divorcio el marido podría optar

entre devolver el dinero aportado por la mujer o seguir manteniéndola incluso después de la ruptura, aunque este punto podría ser obviado en el caso de que el divorcio se produjera a consecuencia de una infidelidad de la esposa.

Curiosamente se han encontrado también contratos de “matrimonios temporales”, que incluyen fecha de caducidad, como muestra este texto de época ptolemaica:

“Tú estarás en mi casa mientras tú estés conmigo como esposa desde hoy, el primer día del tercer mes de la estación de invierno del año dieciséis, hasta el primer día del cuarto mes de la estación de la inundación del año diecisiete”. (*Ostracón de Estrasburgo 1845*)

La tradición de los matrimonios temporales sigue plenamente vigente a día de hoy en diversos países, entre ellos Egipto, pero lamentablemente esta ancestral costumbre ha degenerado en un gravísimo problema de prostitución infantil encubierta, en el que las niñas son entregadas en matrimonio –a veces únicamente por un día– a cambio de una cantidad de dinero que el supuesto marido entrega al padre de la “novia” a modo de dote matrimonial. Algunas niñas han pasado por estos pretendidos matrimonios varias docenas de veces.



11.- Explícito grafito grabado en la pared de una cantera de Uadi Hamamat con una escena de cópula a tergo, es decir, con el varón penetrando a la mujer desde atrás.

En general, la visión que nos dan los contratos matrimoniales conservados es de una relativa igualdad de derechos económicos entre hombre y mujer, ya que ambos pueden poseer, transmitir y administrar sus propiedades con una gran autonomía y sin la total sumisión de la mujer al varón que encontramos en otras culturas contemporáneas e incluso posteriores. De todos modos hay que tener en cuenta que estos contratos se refieren exclusivamente a parejas de una posición económica mínimamente acomodada, con lo que se desconoce como tratarían estos aspectos las capas más bajas de la sociedad que, por lógica, serían las más numerosas.

Los contrayentes podían disolver el matrimonio a instancias de cualquiera de las dos partes, aunque en algunos casos esto daba inicio a

procesos judiciales, normalmente ocasionados por el reparto de los bienes comunes, es decir, los adquiridos durante el matrimonio. Las causas del divorcio podían ser infinitas, desde las infidelidades o la esterilidad de uno de los esposos, a otras cuando menos curiosas, como un caso en el que un hombre quiso divorciarse de la mujer con la que había estado casado durante veinte años alegando que era tuerta, para casarse con otra más joven y por supuesto sin ningún defecto. En el proceso la esposa exclamó: “¿después de veinte años de vivir en tu casa de fijas en que soy tuerta?”

Era habitual que las parejas divorciadas volvieran a casarse.

Pero no debemos olvidar que a pesar de unas innegables ventajas en el matrimonio para las mujeres egipcias si las comparamos con otras culturas mediterráneas, también se conocen referencias a malos tratos por parte de sus maridos e hijos, e incluso disponemos del esqueleto de una mujer, fallecida a los 30-35 años y enterrada en el cementerio de Abidos, utilizado durante el Reino Medio (2160-1781 a.C.), que presenta diversas fracturas en las costillas y la muñeca izquierda realizadas en diferentes ocasiones aunque ya cicatrizadas, y que finalmente murió por una herida de arma blanca que le entró por la espalda. Todo ello nos habla de un amplio historial de malos tratos que solo acabaron con su asesinato.

También habría que destacar un papiro que se conserva en el museo del Louvre en el que se dice: “No ignores un insulto de tu mujer, pégale. Devuélvele sus propiedades” (Papiro Louvre 2414, II8-9).

Como vemos no solo se incita al varón a maltratar físicamente a su esposa como respuesta al insulto, sino que esto también se considera motivo de divorcio.

Para evitar estos abusos hacia las mujeres por parte de sus esposos, algunos padres hacían suscribir a sus futuros yernos juramentos en los que se comprometían a no maltratar a sus esposas. Por ejemplo, tenemos este documento de época de Ramsés III (1184-1153 a.C.):

“Haced que Najte-em-Mut haga un juramento ante el señor, vida, prosperidad y salud, diciendo “Yo no injuriaré a su hija”. Juramento ante el señor, vida, prosperidad y salud, que él jura: como Amón perdura, como el soberano perdura, si yo incumplo mi palabra e injurio a la hija de Tener-Montu en el futuro recibiré 100 golpes y seré privado de todas las propiedades que yo adquiriera con ella”. (*Ostracón Bodleian Library 253*)

Incluso han llegado hasta nosotros algunos documentos sobre denuncias por malos tratos, pero desconocemos las penas recaídas sobre los maltratadores, aunque todo hace pensar que estas no serían muy

duras.

También se han localizado textos que parecen referirse a casos de violencia sexual contra mujeres, por supuesto fuera del matrimonio. Así, en el papiro Salt encontramos el siguiente pasaje referido a un tal Paneb, al que más tarde veremos acusado de múltiples casos de adulterio:

“(Cargo) relativo al hecho de que despojó a Iyem de sus vestidos, la tumbó sobre el remate de un muro y la violó” (Papiro Salt 124, rº 1, 19)

Debido al mal estado en que se encuentra esta parte del papiro, la lectura no es segura al cien por cien ni es compartida por todos los investigadores.

Pero en este otro texto de Diodoro Sículo sí que encontramos otra mención clara a la violación, y su consideración como delito especialmente grave y que como tal era castigado:

“Las leyes relativas a las mujeres eran muy severas. El acusado de haber violado a una mujer libre, debía ser castigado cortándole los órganos genitales, porque se consideraba que este crimen contenía en su propia esencia tres males enormes: el insulto, la corrupción de costumbres y la confusión de la descendencia” (Diodoro, I, 78).

A pesar de que los matrimonios con extranjeros se daban con relativa frecuencia, en los “textos sapienciales” encontramos frecuentes prevenciones contra las mujeres extranjeras, aunque aquí habría que entender como extranjera también a la procedente de otra ciudad, y es que se consideraba que una mujer, cuando salía de su entorno natural y llegaba a un sitio extraño, estaba predispuesta para buscar a un compañero masculino con el que mantener relaciones sexuales independientemente del estado civil de ambos.

Las únicas mujeres que aparecen en estos textos como dignas de respeto, cuando no de verdadera veneración por parte de los hijos, son las madres. Por ejemplo en las Enseñanzas de Ani se dice lo que sigue:

“Dobla la comida que tu madre te dio, susténtala como ella te sostuvo. Ella tuvo una pesada carga contigo, pero ella no te abandonó. Cuando naciste después de tus meses, ella estaba unida a ti con su pecho en tu boca durante tres años. Mientras crecías y tus excrementos disgustaban, ella no se disgustaba diciendo “¿Qué voy a hacer?” Cuando te envió a la escuela y estabas estudiando los escritos, ella seguía velando

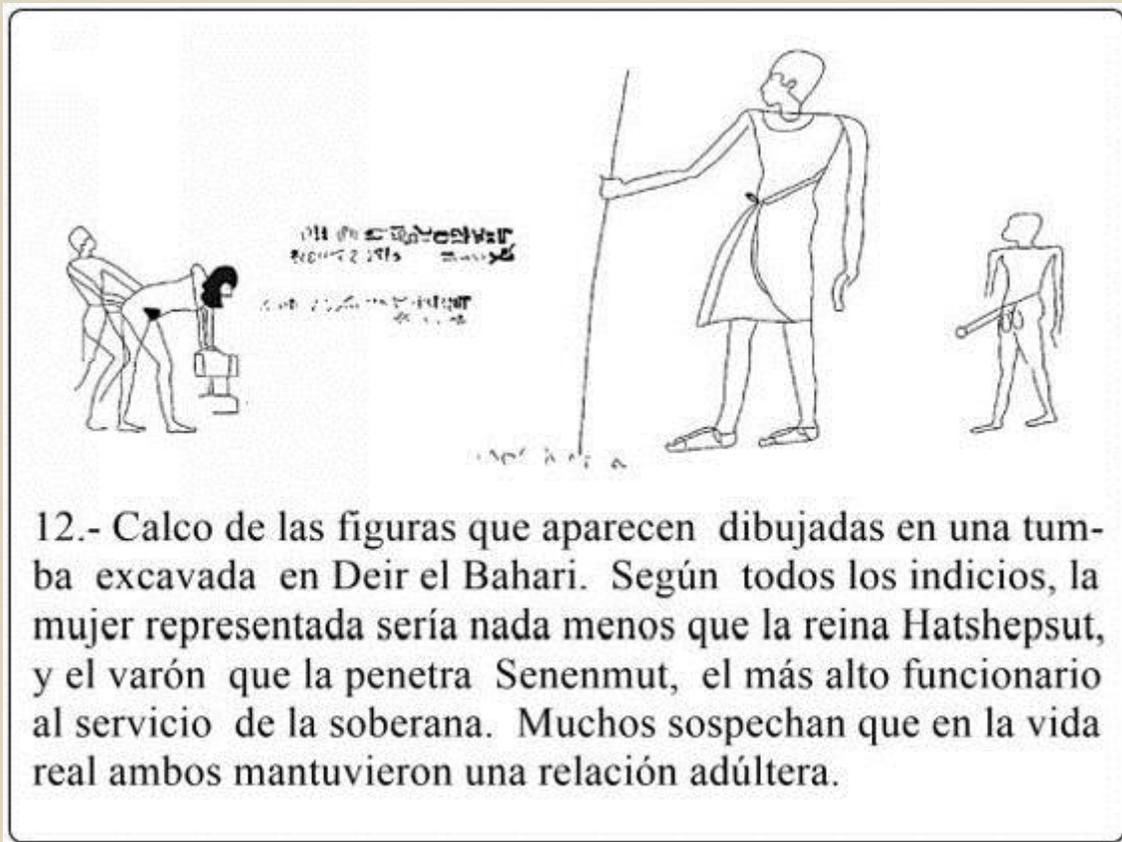
por ti con pan y cerveza en su casa. Cuando seas joven toma una mujer y funda un hogar, presta atención a tus hijos, cuídalos como lo ha hecho tu madre”. (*Ani máxima* 38-39, VII, 17-VIII, 2). Traducción Marc Orriols.

Lo más habitual era que la mayoría de matrimonios se celebraran entre parejas del mismo estrato social, careciendo de la consideración de matrimonio la unión de un hombre libre con una esclava, que era considerada una simple concubina, y los posibles hijos de ambos seguían siendo esclavos. En el caso de que un hombre quisiera realmente que una esclava fuera considerada su esposa tenía la opción de adoptarla, con lo que quedaba liberada, algo que también podía hacer con los hijos nacidos esclavos. No olvidemos que cuando una mujer no podía tener hijos era relativamente corriente comprar una esclava con la que el esposo mantendría relaciones sexuales para tener un bebé que luego era adoptado por el matrimonio y criado como hijo propio.

No parece que se consideraran adúlteras las relaciones del amo con las esclavas de la casa, más bien era una prerrogativa de la que se podía o no hacer uso.

Adulterio.- Las relaciones extramatrimoniales de ambos miembros de la pareja estaban muy mal vistas en la sociedad egipcia, aunque aquí la mentalidad machista era más que evidente. Y es que mientras a la mujer soltera le estaba prohibido relacionarse con hombres casados y a la mujer casada le eran negadas completamente las relaciones extramatrimoniales, en los textos conocidos al marido solo se le advierte contra las relaciones con mujeres casadas pero no se dice nada de las solteras, con lo que en la práctica la única que tiene totalmente prohibido el adulterio es la mujer.

Por lo que respecta a las penas impuestas a los adúlteros, por lo general eran más duras para las mujeres que para los hombres, ya que podía llegar a acarrearles la pena de muerte, aunque parece ser que en el periodo tardío los castigos para las féminas se suavizaron mucho.



De todos modos las penas para los maridos también podían llegar a ser muy duras, al menos en teoría. Así lo vemos en el papiro 27 de Deir el Medina, en el que se advierte a un individuo que si vuelve a acercarse a la mujer del denunciante se le cortarán las orejas y la nariz y se le expulsará a Kush (Nubia). Aún así el individuo volvió a las andadas e incluso dejó embarazada a su amada, con lo que el magistrado le amenaza ahora con enviarlo a las canteras de Elefantina si se le ocurre volver a tener contacto con ella. No se hace mención a las penas con las que se le había amenazado en la anterior ocasión, con lo que todo parece indicar que no se habían hecho efectivas.

Es curioso que mientras en algunos textos han aparecido las penas impuestas a los maridos, no se encuentran sentencias contra mujeres, con lo que es posible que el segundo caso se tratara como un asunto familiar en el que el marido sería el encargado de dictar la pena sobre su mujer y hacer que esta se cumpliera. Algo así parece deducirse de un cuento recogido en los papiros Westcar, datados en el Imperio Nuevo, y en los que aparece un sacerdote al que su mujer ha sido infiel; el marido hizo que la esposa fuera quemada (suponemos que viva) y sus cenizas arrojadas al nilo, mientras que para el hombre buscó un final cuando menos

imaginativo, quiso que muriera devorado por un cocodrilo. El faraón aprobó la medida contra el varón y la pena se cumplió. Pero no olvidemos que estamos ante un cuento y desconocemos cuánto de realidad y cuánto de lección moral habría en él.

Para un momento tardío el historiador Diodoro Sículo sí que nos indica exactamente las penas que esperan a los adúlteros, tanto hombres como mujeres:

“Por el delito de adulterio cometido sin violencia, se condenaba al varón a recibir mil varazos, y a la mujer al corte de la nariz: el deseo del legislador era que ésta se viera privada de sus atractivos ya que sólo los había empleado para seducir” (Diodoro, I, 78).

Como vemos, el historiador tiene claro quién es la culpable. Aun así, no olvidemos que Diodoro vivió en el siglo I a.C., con lo que las costumbres que él conoció en Egipto estaban ya muy influidas por el mundo grecorromano.

Pero a pesar de la teórica dureza de las penas el adulterio debía ser bastante frecuente, ya que nos han llegado un gran número de casos judiciales y testimonios por este hecho, de los que sería un perfecto ejemplo esta carta que un trabajador llamado Amennakht envía al visir acusando de adulterio al mismo Paneb que antes veíamos acusado de abusos a otra mujer:

“Paneb copuló con la ciudadana Tuy cuando era la mujer del trabajador Quenna. Él copuló con la ciudadana Huner cuando estaba con Pendua. Él copuló con Huner cuando ella estaba con Hesysunebef; así dijo su hijo. Y cuando él copuló con Huner, él copuló con Ubkhet, su hija (de ella), y Aapehety, su hijo (de él), también copuló con Ubkhet”. (Papiro *Salt* 124, 1° 2’2-4). Traducción Marc Orriols.

Como vemos, Paneb además de ser un adúltero redomado tenía un gran éxito entre las féminas y una vida sexual de lo más agitada, de la que incluso llegó a hacer partícipe a su hijo, aunque ya hemos visto antes que sus andanzas no se quedaban ahí.

En otros “textos sapienciales” los autores desaconsejaban la venganza en caso de adulterio y optaban por vías más pragmáticas, como vemos en las Enseñanzas de Ankhseonquis:

“Si encuentras a tu mujer con su amante procúrate tú también una

novia” (*Ankh.* XIII, 12)

Los textos también nos hablan de la creencia consolidada entre los hombres de la naturaleza promiscua de la mujer, por lo que se les aconseja insistentemente controlar a sus esposas para que estas no les engañen con otros hombres, pero también sugieren a los varones no acercarse a mujeres ajenas para evitar ser seducidos e inducidos al adulterio por ellas.

Un último ejemplo de la visión que tenían los egipcios sobre la supuesta querencia femenina a la infidelidad nos lo proporciona Herodoto al hablarnos sobre un faraón que había quedado ciego:

“(…) Durante diez años estuvo, pues, ciego; pero el año undécimo le llegó de la ciudad de Buto un oráculo según el cual se había cumplido el tiempo de su castigo, y recobraría la vista si se lavaba los ojos con orina de una mujer que sólo hubiera mantenido relaciones con su marido y no conociera a otros hombres. El probó primero con su propia mujer y después, al no recobrar la vista, fue probando sucesivamente con muchas; y cuando al fin recuperó la vista, reunió a las mujeres con las que había hecho la prueba (salvo a aquella con cuya orina se había lavado recobrando la vista) en una ciudad que en la actualidad se llama Tierra Roja; y una vez congregadas allí, prendió fuego a esa ciudad con todas ellas dentro…” (Herodoto II, 111)

Incesto.- Se ha hablado mucho sobre el incesto como una costumbre habitual entre los antiguos egipcios, y eso es algo que habría que matizar.

Aunque no eran la norma, los matrimonios entre hermanos existían, y fueron más frecuentes en los periodos más tardíos. Las investigaciones realizadas por Jaroslav Cerny indican que de 490 matrimonios estudiados entre el Primer Periodo Intermedio (c. 2150-2050 a.C.) y la XVIII dinastía (c. 1550-1295 a.C.), solo encontró dos casos de matrimonios entre hermanos, algo que cambiará radicalmente más tarde, ya que de 161 matrimonios del periodo ptolemaico estudiados, un veinticuatro por ciento se habían celebrado entre hermanos, y ya en época romana, durante el reinado del emperador Cómodo (161-192 d.C.) dos tercios de los matrimonios celebrados en la ciudad de Arsinoé lo fueron entre familiares de primer grado (hermano-a y padre-hija).

El incesto era también relativamente frecuente entre la realeza, tanto por motivos políticos, para mantener el poder real dentro de una

determinada familia, como por imitación a los dioses, entre los que ya vimos que el incesto era corriente. Pero la endogamia podía tener efectos no deseados, como las malformaciones y enfermedades congénitas. El ejemplo más conocido lo encontramos en el faraón Tutankamon, que arrastró durante toda su vida importantes problemas de salud, incluida la deformidad en un pie que le provocaba una pronunciada cojera, problemas originados muy posiblemente por los sucesivos matrimonios incestuosos en su familia. La causa de su muerte parece haber sido una infección ocasionada a raíz de la fractura de una pierna, que su débil organismo no fue capaz de combatir.

Por otro lado los matrimonios entre parientes no tan directos eran bastante frecuentes en todas las clases sociales; principalmente se daban entre hermanastros, tío y sobrina, y muy especialmente entre primos, algo que sigue siendo frecuente en el Egipto actual, y sobre todo en Sudán, la antigua Nubia.

Un problema que encuentran los estudiosos es que a partir del reinado de Tutmosis III (c. 1490-1436 a.C.) comenzó a ser frecuente que tanto novios como esposos se llamaran entre ellos hermano y hermana, lo que ha generado una gran confusión.

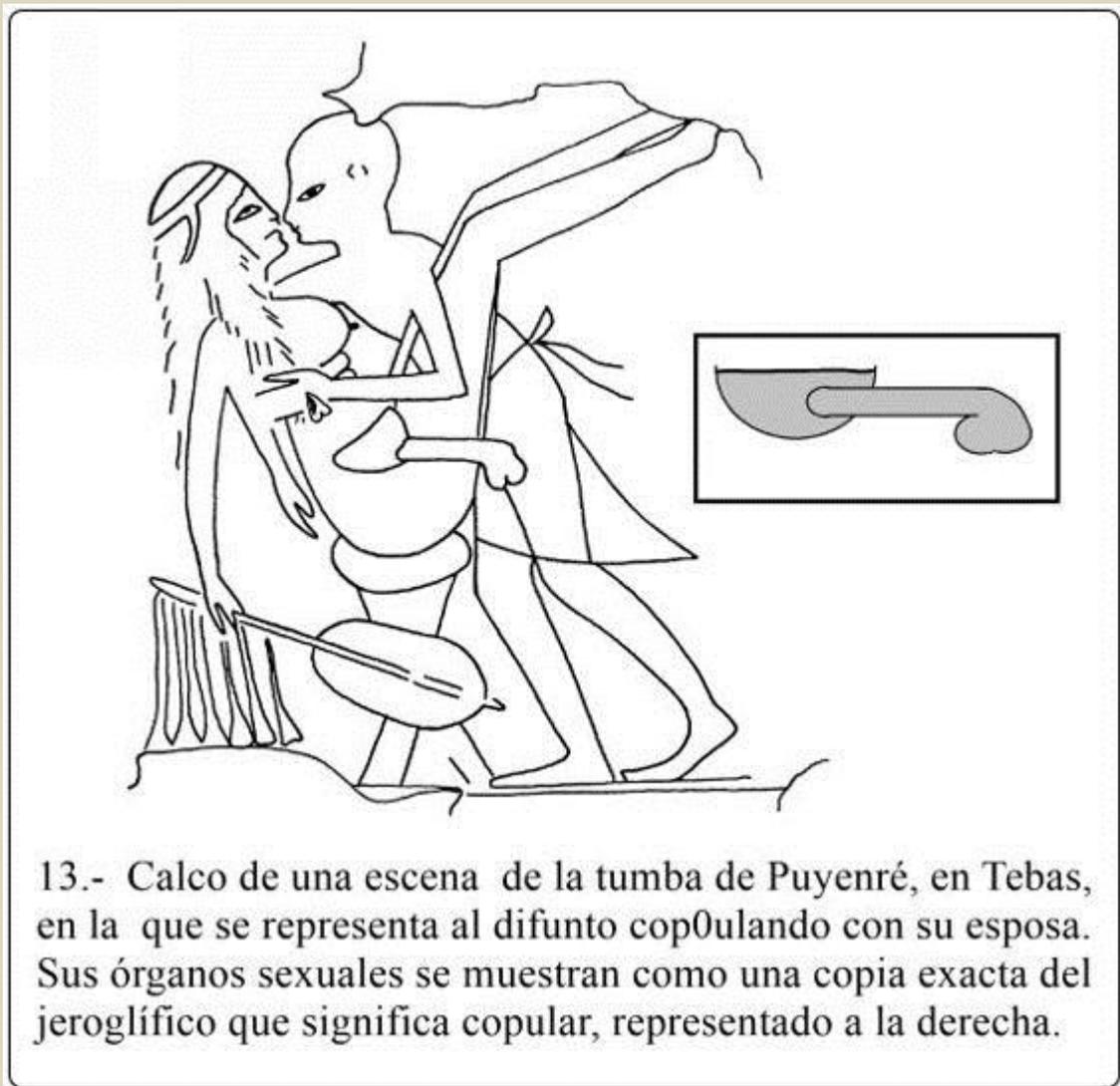
Harenes.- La existencia de harenes reales es algo perfectamente documentado en las fuentes escritas, la iconografía e incluso la arqueología, ya que en Medinet el-Gurob ha sido excavado un harén completo datado en el Imperio Nuevo. Estos podían ser complejos de una enorme extensión, y en ellos convivirían esposas y concubinas con sus hijos y sirvientes, a veces en gran número. Para hacernos una idea del tamaño y capacidad que podían tener estos lugares, conocemos el ejemplo de la princesa Tadukhepa de Mitanni, una esposa secundaria de Amenofis III (1390-1353 a.C.), que llevó consigo a Egipto 317 sirvientas, por cierto escogidas por su belleza. Además de sus residentes, un verdadero ejército de guardianes, escribas y supervisores trabajarían en estos recintos para asegurar su correcto funcionamiento.

Es fácil suponer que en su afán por ganarse los favores del rey las intrigas y maniobras soterradas estarían a la orden del día, y las envidias y rencores entre tantas mujeres que compartían el mismo objetivo de traer herederos al mundo causarían no pocos problemas. No olvidemos la importancia para ellas de dar hijos al monarca, sobre todo los que tuvieran posibilidades de alcanzar los primeros puestos en la línea de sucesión a la corona.

También los harenes serían a menudo centro de conspiraciones y maniobras políticas con el fin de deponer faraones o de provocar cambios

de dinastía. Conocemos el caso de Amenemhat I (1981-1952 a.C.) que fue asesinado como consecuencia de una conjura nacida precisamente en su harén. También Ramses III (1186-1155 a.C.) pudo haber sido víctima de un complot para acabar con su vida, ya que en un papiro datado en el 1155 a.C., se da cuenta del juicio a varios miembros de su harén por conspirar para asesinarlo. En concreto parece ser que una esposa secundaria –Tiyi– intentó matar a su esposo para que su hijo Pentaur subiera el trono. Los conspiradores fueron descubiertos pero los últimos estudios realizados a la momia de este faraón han detectado la presencia de un profundo corte en el cuello que parece haber sido la causa de su muerte, producida ese mismo año, con lo que parece evidente que finalmente los conspiradores consiguieron culminar con éxito su propósito, aunque solo en parte, ya que Pentaur nunca llegó a ser coronado rey.

Como hemos indicado, los harenes estaban fuertemente vigilados y rodeados por altos muros para evitar la entrada de extraños. No hay datos que permitan afirmar que los guardianes fueran eunucos con lo que no sería de extrañar que hubiera algún que otro desliz, y aquí habría que volver a lo dicho en el párrafo anterior sobre la importancia de tener descendencia. Es fácil suponer que más de un pretendido hijo del faraón no lo sería en absoluto, pero esos hijos, legítimos o no, aseguraban el futuro de sus madres.



5.- Ginecología, afrodisíacos, contracepción y aborto

Para los egipcios, como para la mayoría de los pueblos de la Antigüedad, los hijos eran de una importancia vital, con lo que se daba un enorme valor a la fertilidad. La mujer ideal era aquella que tenía facilidad para engendrar, llevar a buen término los embarazos y alimentar a su descendencia, mientras que en el hombre la potencia sexual, asociada a la capacidad de procrear, era un factor primordial.

Esta importancia estaba íntimamente relacionada con la altísima tasa de mortalidad infantil que se daba en la antigüedad, donde era fácil que la mitad de los hijos nacidos no sobrepasaran los primeros años de

vida. Cuantos más hijos nacieran más sobrevivirían para poder trabajar los campos, cuidar a los padres cuando fueran ancianos, procurarles un enterramiento digno y continuar con los ritos funerarios tras su muerte.

Es por eso que los textos médicos y mágicos egipcios están repletos de alusiones, remedios y conjuros tendentes a fomentar la natalidad y combatir la infertilidad. A diferencia de otras culturas en Egipto no se conocen referencias a la práctica del infanticidio.

Los conocimientos sobre medicina en general, y más concretamente sobre ginecología y urología, eran avanzados para su época entre los egipcios, aunque no tanto como la creencia popular les otorga. Sabemos que el pene era conocido como *henen*, y era representado siempre en erección, mientras que a la vagina se le denominaba *Kat* (mortero), y como tal se la representaba en los jeroglíficos. El útero se denominaba *sed*; para embrión en general, ya fuera humano o animal, se utilizaba la palabra *suhet* (huevecillo), mientras que *wenu* era el nombre exclusivo para el embrión humano.

Conocían la función del semen en la fecundación de la mujer aunque ignoraban su procedencia exacta, ya que pensaban que este tenía su origen en la médula espinal, desde donde se dirigiría a los testículos a través de unos conductos. Sabían que para que se produjera la fecundación era necesario que el semen del hombre penetrara dentro de la mujer, aunque no tenían muy claro que debía llegar hasta los ovarios con lo que, según la egiptóloga Lise Manniche, parece que pensaban que simplemente tenía que entrar dentro del cuerpo femenino por cualquiera de los orificios naturales, ya fuera la vagina, el ano, la boca o, incluso un oído.

Pensaban también que muchos males femeninos, como dolores musculares y molestias en los dientes y boca tenían su origen en la vagina, con lo que en el papiro Kahun se puede leer lo siguiente:

“Para la mujer que sufre de los ojos casi al punto de no ver y resiente dolores en el cuello, dile esto: estos son los retoños de la vulva que afectan los ojos. Hazles por esto una fumigación de incienso y de aceite fresco y fumiga la vulva con él; fumígale los ojos con el pabellón de un avispero, después le harás comer el hígado crudo de un asno”.

A partir de estos más que cuestionables conocimientos, los antiguos egipcios idearon una serie de métodos anticonceptivos de muy diferente utilidad real.

Anticonceptivos.- El sistema anticonceptivo más sencillo siempre

ha sido el “*coitus interruptus*” es decir, la eyaculación fuera del cuerpo de la mujer, con lo que a pesar de la falta de alusiones expresas consideramos que, muy posiblemente, sería uno de los métodos preferidos a pesar de los riesgos de fallo. Y es que en Egipto el “*coitus interruptus*” carecía de las connotaciones negativas que se daban en otras culturas como la judía, en la que incluso era expresamente prohibida por las leyes (recuerden el pasaje de Onán en el Antiguo Testamento). En el país del Nilo no solo no estaba prohibido, sino que como hemos visto antes el hecho de derramar el semen estaba en el origen de la creación del mundo según la cosmogonía heliopolitana. Por el mismo motivo la masturbación masculina no estaría mal vista.

Otro sencillo método recomendado en algunos papiros, y también de limitada utilidad, serían los lavados vaginales tras el coito.

Para evitar que los espermatozoides penetraran en el interior del cuerpo de la mujer idearon diversos sistemas de bloqueo que podríamos considerar precarios precursores de los actuales diafragmas. El más simple consistía en la mera introducción de una bola de algodón o lino en el fondo de la vagina, para lo que se utilizarían unas largas pinzas que han sido localizadas en ocasiones como parte del material de tocador de las egipcias. Incluso se conocen papiros en los que se hace mención a unos sirvientes especializados en extraer esos tapones utilizando las pinzas mencionadas. Algunos textos indican que los algodones extraídos eran luego quemados en el patio de las casas.

Una versión mejorada del sistema anterior era la utilización de determinados productos con supuestas propiedades espermicidas, con los que se empapaban estos algodones o trozos de lino. Entre las fórmulas utilizadas el famoso papiro médico Ebers menciona una mezcla de yemas de acacia con miel, que una vez introducida en la vagina podía proporcionar efectos anticonceptivos incluso durante varios años. Análisis modernos han podido comprobar que la acacia contiene un tipo de látex que durante su fermentación produce ácido láctico, sustancia que está entre los componentes de algunos de los espermicidas utilizados en la actualidad. Otra fórmula consistía en una mezcla de miel con natrón.

También se aconseja en alguno de estos textos la utilización del *auti*, un polvo obtenido de los tallos de una planta parecida al árbol del caucho que era empleado en una fórmula cuando menos extraña, ya que se mezclaba con excrementos de cocodrilo y se le daba forma cilíndrica para poder ser introducida por la vagina antes del coito.

Evidentemente hoy a ningún ginecólogo en sus cabales se le ocurriría indicar a sus pacientes este método anticonceptivo, aunque hay

investigadores que defienden que este preparado tiene una cierta base científica, ya que las heces modificarían la acidez de la mucosa vaginal, lo que podría acabar con los espermatozoides.

Otro método mencionado en los textos conservados es el ahumado de vagina y útero con plantas medicinales, para ello las mujeres se sentaban sobre un brasero en el que se echaban las hierbas. Otros papiros indican que se debía utilizar un fuelle con el que se insuflaba “hasta que el humo salía por la boca de la mujer”. Sin comentarios.

En el papiro médico de Berlín se recomiendan unos medios anticonceptivos que usan el ahumado pero incluyen también una toma oral. Se dice que cuando una mujer quiere evitar quedar embarazada:

“Debes fumigar su vagina con semillas de gramínea para prevenir que reciba el semen. Entonces tú harás para ella una prescripción para que suelte el semen: aceite 5 partes, apio 5 partes, cerveza dulce 5 partes, calentar y beber durante cuatro mañanas”. (Meskell, 2005: 141).

En algunos textos se indica que los bebés debían ser amamantados hasta los tres años de edad. Dado que (al menos en teoría) mientras la mujer está dando el pecho no se produce la ovulación, y por lo tanto no puede producirse el embarazo, esta lactancia de larga duración podría haberse utilizado también como un precario método anticonceptivo, aunque hay que tener muy en cuenta que a partir del sexto mes la eficacia de este sistema disminuye progresivamente.

Otros métodos que aparecen mencionados en los textos tendrían todavía menos utilidad y algunos no dejan de ser pintorescos cuando no extravagantes: saltar vigorosamente o ponerse en cuclillas justo después del coito para expulsar el semen, aguantar la respiración mientras se produce la eyaculación, estornudar o tomar algo frío.

A pesar de que es fácil encontrar en Internet informaciones que apuntan a que los antiguos egipcios inventaron los preservativos y que han sido encontrados diversos ejemplares de ellos en las tumbas excavadas, lo cierto es que no hay ninguna evidencia de que esto sea así, y lo más parecido que se ha identificado son protectores para el pene fabricados en tejido que no serían útiles como medio anticonceptivo.

Aborto.- En los textos médicos antiguos son frecuentes las citas que indican la importancia de llevar el embarazo a buen término y evitar los nacimientos prematuros, así como los peligros que estos implicaban, para lo que no se dudaba en utilizar sortilegios y otras prácticas mágicas, ya que consideraban que era el dios Seth el responsable de que los embarazos

se malograran. Con todo esto se trataba de evitar “la inundación”, como se llama al aborto en un papiro conservado en Londres, debido al importante derrame sanguíneo que suele acompañar a la pérdida del feto.

También se han encontrado recetas de preparados para evitar que el parto se malograra, y que solían estar compuestas por plantas mezcladas con miel y aceites o cebollas con vino, y que se aplicaban en el interior de la vagina en caso de sangrados. Con ellos se pretendía contraer la matriz para retener al feto en el cuerpo de la madre.

Pero por otro lado también encontramos referencias al aborto inducido, al que se referían como “desviación de la preñez”, con lo que todo hace pensar que, aunque mal vista, sería una práctica bastante común y socialmente tolerada. Para conseguir este objetivo el papiro Ebers recomienda machacar frutos de acanto, dátiles y cebollas, mezclar esa pasta con miel y extenderla en un paño que se aplicaría en la vulva de la mujer. Otro método empleado serían las duchas vaginales con diversos preparados entre los que destaca el aceite caliente.

Dado que en Egipto los hijos eran considerados una bendición, se estima que el aborto sería una práctica bastante reducida, quizá restringida en su mayor parte a mujeres con problemas médicos y otras féminas que por determinados motivos no querían o no podían quedarse embarazadas, como podían ser las prostitutas.

También han llegado hasta nosotros diversos métodos para favorecer la fertilidad y algunos “tests” –tanto de embarazo como de fertilidad– de lo más variopintos.

Tests de fertilidad y embarazo.– Los egipcios creían que la boca, la vagina y el ano eran las aberturas de unos conductos que confluían en el interior del vientre, donde se intercomunicaban. Por eso idearon un sencillo sistema para saber si una mujer era o no fértil; se introducía un diente de ajo o una cebolla en la vagina de la mujer –desconocemos los criterios para usar uno u otra– y a la mañana siguiente se le olía la boca. Si el aliento le olía a ajo o cebolla significaba que esta mujer podía quedar embarazada, en caso contrario se consideraba que sus conductos internos estaban obstruidos, con lo cual esa mujer no podría concebir.

Otra prueba de fertilidad consistía en administrar a la paciente por vía oral harina de dátiles mezclada con cerveza o una mezcla de hierbas con leche de una mujer que hubiera dado a luz a un varón; si la mujer vomitaba los preparados consideraban que no era estéril. Como dato curioso se puede indicar que también pensaban que las mujeres bizcas eran incapaces de concebir un hijo, aunque desconocemos las razones en que basarían semejante idea.

Se consideraba que la leche de una mujer que acababa de dar a luz un varón era excelente para favorecer la fertilidad femenina, pero también para curar quemaduras, problemas oculares y para tratar enfermedades infantiles como diarreas, neumonías, bronquitis, etc.

Por lo que respecta a las pruebas de embarazo, según el papiro Kahum la más común era envolver en un paño unos granos de trigo y cebada que luego eran mojados con la orina de la mujer. Si ambas semillas germinaban la mujer estaba embarazada, si no germinaba ninguna la mujer no estaba embarazada y si lo hacía solo una había que repetir la prueba.

Este test también ofrecía la posibilidad de saber si el futuro bebé sería niño (si germinaba primero el trigo) o niña (si lo hacía la cebada).

Los investigadores consideran que la primera parte de la prueba tiene una cierta base científica, dado que las hormonas presentes en la orina de una embarazada pueden estimular la germinación de las semillas, mientras que la parte que trata de predecir el sexo del futuro retoño se ha demostrado que carece de la más mínima base científica ni fiabilidad.



14.- Principales dioses protectores del embarazo y el parto. De izquierda a derecha: Hathor, Bes y Taweret. Procedencia diversa.

El parto.- En una sociedad tan religiosa y supersticiosa como la egipcia, un periodo y un acontecimiento tan peligrosos como eran el embarazo y el parto no podían desarrollarse de espaldas a los dioses, a los

que se encomendaba la mujer para que todo se desarrollara del mejor modo posible. Aunque la diosa madre por naturaleza era Hathor, el pueblo llano consideraba que era una diosa muy ocupada, por lo que con frecuencia buscaban la ayuda de otros dioses menores, principalmente Taweret y Bes, a los que se consideraba protectores del hogar, el embarazo y el parto. Taweret era una diosa que se representaba como un ser híbrido con patas de león, lomo de cocodrilo y cuerpo de hipopótamo, por lo general preñada. Podía tener cabeza de hipopótamo o de mujer. Por su parte Bes era un enano grotesco con cuerpo gordo, orejas grandes y mofletes hinchados, pero con una apariencia afable y cordial.

Por supuesto no faltarían los amuletos, muchos de ellos con la imagen de estos dioses o sus atributos.

También se han encontrado recetas de preparados que, supuestamente, servirían para inducir el parto, por ejemplo el polvo de azafrán mezclado con cerveza, mezcla con la que había que frotar el vientre de la embarazada. También se recomendaba la aplicación de compresas de paja y cañas.

El modo normal en que las mujeres daban a luz era colocándose arrodilladas o en cuclillas sobre el suelo o sobre unos ladrillos con una función ritual. Estos ladrillos mágicos eran similares a los que se colocaban en algunas tumbas, con los que, en un claro simbolismo, se buscaba el renacimiento del difunto en el más allá. En algunos relieves aparece la parturienta ayudada en el trance por varias diosas, pero en la vida real serían auxiliadas por comadronas y, con frecuencia, por otras mujeres de la familia o vecinas, aunque no estuvieran especializadas en esta labor. (El jeroglífico que representa la idea de dar a luz es una mujer arrodillada bajo la cual asoman la cabeza y los brazos de un recién nacido).



15.- Pequeño bajorrelieve sobre piedra con el Jeroglífico que representa la idea de dar a luz. Una mujer arrodillada con el niño asomando la cabeza y los brazos bajo ella.

Los dos elementos que se encuentran bajo la parturienta son sendos ladrillos mágicos, sobre los que era habitual situarse durante el parto. Museo Británico.

Para mitigar los dolores del parto los papiros médicos recomiendan dar a la parturienta bebidas alcohólicas como la cerveza hasta embriagarla.

Los partos tendrían lugar en el interior del hogar o en unas construcciones expresamente levantadas para esa función. Se trataba de sencillos pabellones con cuatro postes de madera y una cubierta ligera que se levantaría en el jardín de las grandes propiedades o en el tejado de las casas más sencillas.

El papiro Westcar hace alusión a un periodo de purificación de dos semanas tras el parto, que servirían a la mujer para descansar y evitar

infecciones en las lesiones ocasionadas por el alumbramiento. Esta costumbre era algo común también en otras culturas antiguas.

Parece ser que en el exterior del poblado de Deir el Medina existía un “lugar de mujeres”, una construcción a la que se retiraban las parturientas con sus bebés durante estas dos semanas. Curiosamente allí se encontraban también las mujeres que estaban menstruando, consideradas igualmente impuras, con lo que suponemos que sería un lugar bastante concurrido y animado.

En un papiro médico se recomienda aplicar aceite nuevo en la vagina para facilitar la curación de los daños producidos por el alumbramiento.

Otros remedios médicos.- Ya hemos indicado antes que se recomendaba alargar la lactancia hasta los tres años, y encontramos también referencias a preparados y métodos para favorecer la producción de leche materna. Uno de los más curiosos consiste en frotar la espalda de la nueva madre con aceite en el que se hubiera frito una perca del Nilo.

También se consideraba que los ratones tenían propiedades curativas y se recomendaba que la madre comiera ratón frito, ya que el poder curativo del mismo pasaría al bebé a través de la leche materna. Y es que el ratón parecía ser casi la panacea, ya que lo mismo se recetaba para curar la tos como para evitar la aparición de canas.

A diferencia de otros de los remedios que aparecen en los textos, el uso de los ratones con fines medicinales ha podido ser contrastado por la arqueología, ya que en los estómagos de varios niños fallecidos en época predinástica en el Alto Egipto, el antropólogo G. Elliot Smith encontró restos de estos roedores, con los que los infantes habían sido alimentados en un último intento por salvarles la vida.

También la sangre menstrual era considerada como un elemento curativo de primer orden, y se recomendaba a las mujeres que quisieran contrarrestar los efectos de la edad –y la gravedad– frotar con ella los pechos para mantenerlos erguidos. Del mismo modo se recomendaba frotar a los recién nacidos con esta sangre para ahuyentar los malos espíritus.

Otra práctica que parece haber sido frecuente para conocer las posibilidades de supervivencia de un niño enfermo era darle un pedazo de placenta triturada mezclada con la leche, si se la comía sin problemas era signo de que el niño viviría, pero si no la tragaba o la vomitaba significaba que moriría.

Esta no era la única forma utilizada para saber la suerte que depararía a los bebés. El célebre papiro Ebers indica que si el primer

sonido que producía un recién nacido al llorar era “*ni*”, viviría, pero si era “*ba*”, moriría sin remedio. No dice nada del resto de sílabas posibles.

Las muertes de mujeres con ocasión del embarazo y el parto eran frecuentes, lo que ocasionaba que la esperanza de vida de estas fuera inferior a la de los hombres. Disponemos de datos de la necrópolis de Sakkara que indican que mientras los hombres allí enterrados habían fallecido con una edad media de 33 años, las mujeres lo habían hecho a los 29. Esta diferencia de edad se mantiene en las investigaciones realizadas en otros lugares, por ejemplo del estudio de 290 etiquetas que llevaban las momias de época romana conservadas en el museo del Louvre, en las que aparecía la edad del difunto, se desprende que la edad media de fallecimiento de los hombres era de 27 años, mientras que la de las mujeres era de 22. Aún así esta diferencia en la esperanza de vida según el sexo era inferior a otras culturas antiguas, por ejemplo entre los íberos se encontraba en torno a los 10 años, lo que supone aproximadamente el doble.

La menstruación.- Ya hemos comentado que las mujeres eran consideradas impuras mientras estaban menstruando, por lo que en ese tiempo se abstendrían de mantener relaciones sexuales. De Deir el Medina nos ha llegado más información sobre cómo se enfrentaban a la regla las mujeres egipcias, por ejemplo se han encontrado listados de la ropa llevada a las lavanderías en las que figuran lo que llamaban “bandas de atrás”, una especie de compresas confeccionadas con lino que, por supuesto, se reutilizaban una vez lavadas.

Sabemos también que la ausencia de las mujeres de sus hogares durante estos días (recordemos que permanecían en el “lugar de mujeres”) podía llegar a causar trastornos en el trabajo de los maridos, ya que en los registros del mismo poblado de Deir el Medina en los que se controlaba la asistencia de los trabajadores a sus labores en el Valle de los Reyes, se han encontrado anotaciones indicando que algunos individuos habían faltado al trabajo varios días porque debían atender su hogar, ya que sus esposas se encontraban con la regla en el “lugar de mujeres”.

Afrodisíacos y filtros de amor.- Los egipcios consideraban que determinados alimentos y sustancias tenían propiedades afrodisíacas, y así aparecen en tratados médicos y otros textos.

Parece que el más conocido afrodisíaco era la lechuga, en especial la variedad serriola, cuyo tronco segrega un líquido parecido al semen (uno de los nombres con los que se la conoce en España es *lechera*). Estudios científicos han confirmado que cantidades moderadas de lechuga estimulan el apetito sexual mientras que, curiosamente, en grandes

cantidades lo inhiben, ya que tiene efectos tranquilizantes y sedantes. Recordemos que esta planta se asociaba al dios Min, representado en permanente erección.

Otros alimentos considerados estimulantes del deseo sexual serían la granada, el jengibre, el hinojo, el cilantro macerado en vino o el rábano mezclado con miel. En realidad la miel se debe considerar un estimulante por sí misma, ya que se ha podido comprobar que mantiene elevados los niveles de testosterona a la vez que disminuye los de estrógenos.

No nos podemos olvidar del loto azul del Nilo, que además de funcionar como estimulante sexual tiene propiedades narcóticas que sin duda serían aprovechadas; además era un símbolo sexual de primer orden, como podemos observar en el papiro de Turín, en el que adorna la cabeza de la mayoría de las mujeres que aparecen en sus escenas sexuales. Análisis químicos realizados en el Museo de Mánchester han demostrado que en esta flor se pueden encontrar sustancias que actúan del mismo modo que el principio activo de la Viagra. ¿Vendrá de ahí el color azul de la famosa pastillita?

La mandrágora también figura en el listado de plantas con poderes afrodisíacos y alucinógenos.

En los papiros también encontramos remedios para la impotencia masculina, por ejemplo hay una prescripción en el papiro Ebers titulada “debilidad del miembro masculino”, para la que se recomienda un preparado que incluye un gran número de ingredientes, entre ellos beleño, sauce llorón, enebro, acacia, mirra, grasa de ganso, sandía, heces de cerdo, etc. Con esta mezcla se prepararía un emplasto que se debía aplicar alrededor del pene.

Para que la mujer disfrute más de la relación, en un papiro (British M. 10070 y Leiden J. 383) se recomienda frotar el pene del varón con la espuma de la boca de un caballo semental justo antes de acostarse. Este mismo papiro contiene también otros preparados para conseguir el amor de una mujer, para obligar a una mujer a que disfrute de las relaciones sexuales y para separar a un hombre de una mujer o a una mujer de su marido.

Por último encontramos algunas extravagancias supuestamente dirigidas a aumentar el deseo sexual, como tomar perlas disueltas en vino o aplicarse ungüentos elaborados a partir de excrementos de babuino, aunque dudo mucho de que la mayoría de las personas sientan la más mínima estimulación sexual al ver a su pareja cubierta de heces de mono.

Además de estos preparados habría que tener muy en cuenta la magia, de enorme importancia en todos los aspectos de la vida de los

antiguos egipcios, por lo que era habitual el uso de conjuros y amuletos destinados a mejorar el rendimiento sexual y a atraer la atención del ser amado.

En algunos casos estos conjuros se utilizaban de una forma conjunta con los tratamientos médicos a fin de reforzarlos, como en el siguiente caso, en el que se pretendía aumentar la potencia sexual del paciente. A pesar de estar muy fragmentado se puede leer que a la vez que se untaba el miembro con un preparado había que recitar el siguiente conjuro:

“Saludos, gran Dios, que creaste la clase superior. Tú, Khnum, que estableciste la clase inferior. Puedes probar (...), la boca de cada vulva, está erecto, no estés flácido, se fuerte, no seas débil... Tú (...), fortalece los testículos con Seth, hijo de Nut”. (Papiro Chester Beatty X)

De época ptolemaica han llegado hasta nosotros un buen número de láminas de plomo con hechizos y maldiciones de todo tipo. Los que nos interesan a nosotros son aquellos textos en los que se busca que una persona, ya sea hombre o mujer, caiga rendida ante los encantos de quien hace el conjuro. A menudo la petición incluye quitar de en medio a los posibles competidores, y en ocasiones tienen también un marcado carácter sexual:

“Yo te ato, Teodotis, hija de Éus, a la cola de la serpiente y a la boca del cocodrilo y a los cuernos del carnero, y al veneno del áspid y a los pelos del gato, y al pene del dios, para que no puedas nunca acostarte con otro hombre ni puedas tener contacto sexual, ni vaginal ni analmente, ni hagas una *fellatio*, ni obtengas placer alguno con otro hombre sino sólo conmigo, Amonión, hijo de Hermitaris. Lleva a cabo este encantamiento de atadura de Teodotis, el mismo que empleó Isis, para que Teodotis, hija de Eús, no tenga nunca experiencia con otro hombre sino sólo conmigo, Amonión, que venga volando sumisa, loca de pasión, en busca de Amonión, hijo de Hermitaris, y acerque su muslo a mi muslo, sus genitales a los míos en eterno intercambio, por todo el tiempo de su vida”. (SGD 161. Egipto, procedencia exacta desconocida)

Estas láminas con los conjuros grabados, habituales en el mundo griego, se solían enterrar en las necrópolis, dado que normalmente se pedía la intercesión de determinados difuntos o de los dioses del más allá; en otras ocasiones se arrojaban a pozos o cuevas, ya que consideraban

que estos comunicaban con el inframundo. A veces estos conjuros estaban acompañados por figuritas de plomo, cera o terracota con agujas clavadas en diversas partes del cuerpo, del mismo modo que vemos en las prácticas de vudú.



16.- Estatuilla femenina de terracota de época ptolemaica, a la que se han clavado trece agujas de bronce. Se encontró dentro de una vasija junto a una lámina de plomo con una maldición contra una mujer. Nos recuerda mucho al vudú. Museo del Louvre, París.

Los egipcios también tenían muy en cuenta el calendario, ya que consideraban que había días más o menos propicios para el desempeño de cualquier actividad, y el sexo no podía ser menos. Por ejemplo, según el papiro Westcar el quinto día del mes de Paofi no era propicio para el amor y el sexo e incluye esta curiosa advertencia:

“No salgas de tu casa por ningún lado de ella, y no mantengas relaciones con mujeres (...) El nacido en este día morirá de exceso de placeres sexuales”.

Circuncisión, enfermedades de transmisión sexual y otras dolencias.- De los textos médicos estudiados se desprende que las enfermedades de transmisión sexual no parecen haber sido un problema importante en el antiguo Egipto, y solo se ha documentado con una cierta seguridad la gonorrea, para la que el papiro Ebers aconseja el uso de *Cannabis Sativa*, que había de machacarse, mezclar con miel y aplicar en el interior de la vagina. El efecto antibiótico de los alcaloides del *cannabis* está científicamente demostrado, y en 1907 el reconocido tratado de farmacopea “*Merck Index*”, recomendaba una emulsión de semillas de *cannabis* para tratar algunos efectos de la gonorrea.

El mismo papiro Ebers recomienda para los pechos enfermos (no especifica qué enfermedad concreta), una mezcla de sesos de vaca, excrementos de avispa y calamina, con la que se preparaba un emplasto con el que se cubrirían los senos durante cuatro días.

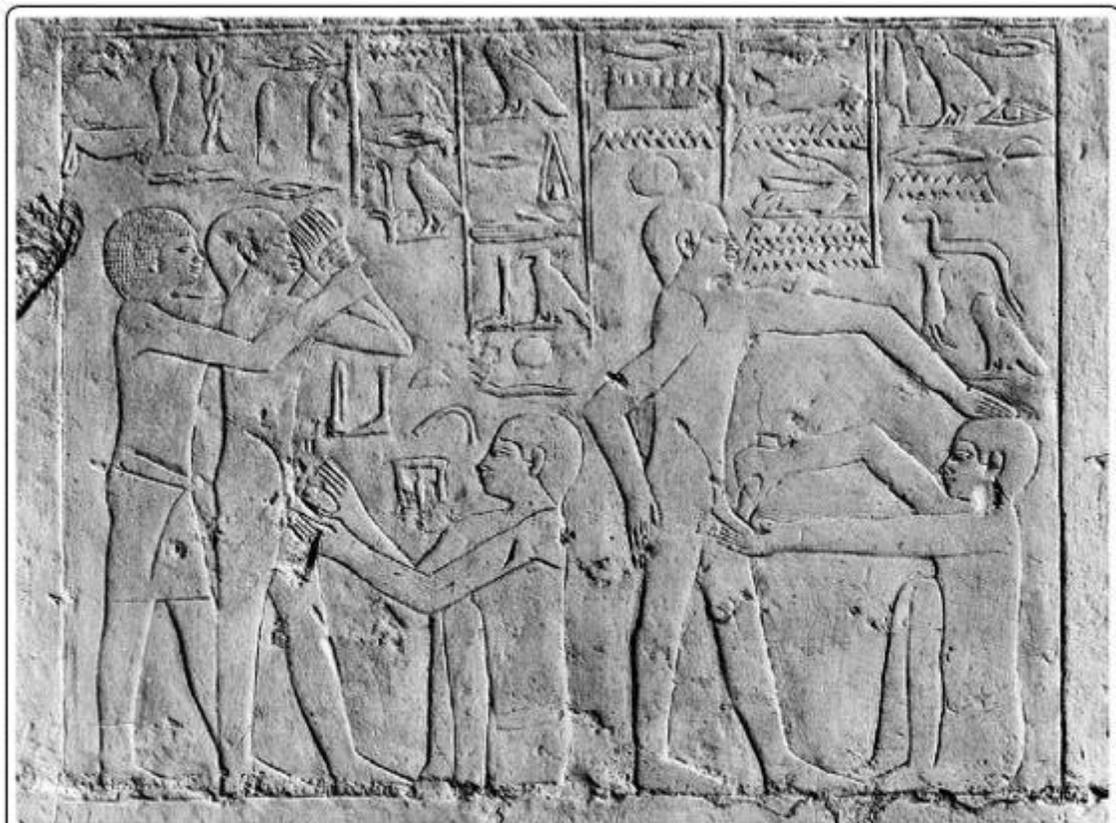
Los papiros médicos también describen el cáncer de cuello de útero, y añaden que se detectaba por el olor que salía por la vagina.

Para tratar las infecciones vaginales los papiros médicos prescriben muy diversos preparados con los que habría que irrigarse la zona enferma, y que cuentan entre sus ingredientes con leche de burra, bilis de cerdo o cuerno de vaca triturado.

Según el papiro Ebers un útero desplazado podía recolocarse quemando excrementos humanos secos en un incensario mientras la mujer se situaba encima con las piernas abiertas de forma que el humo penetrara por su vagina. Y es que los egipcios tenían la idea de que este órgano flotaba libre en el vientre de la mujer, con lo que si se colocaba en un lugar inapropiado podía provocar distintas dolencias.

La circuncisión era una práctica habitual entre los varones egipcios, y eso era así desde época predinástica, ya que se han encontrado cuerpos momificados de forma natural datados en el período de Nagada I (c. 3900 a.C.) que la presentaban, aunque deberíamos considerarla más un rito

religioso que una intervención médica, por lo que era realizada por sacerdotes y no por médicos. Esta operación se llevaba a cabo siempre con un cuchillo curvo de Sílex a pesar de que se disponía de instrumentos cortantes de metal mucho más afilados. La circuncisión sería vista como un rito de paso de los niños a la vida adulta.



17.- Relieve de la tumba de Ankhmahor (c.2230 a.C.), en Saqqara, con escena de circuncisión. Mientras un individuo venda el pene a uno de los jóvenes otro parece realizar un corte en el pene del segundo.

En un conocido relieve de la tumba de Ankhmahor (VI dinastía, 2345-2181 a.C.) se recoge con claridad la circuncisión de dos adolescentes; un individuo sujeta desde atrás a uno de los jóvenes mientras que otro, arrodillado ante él, parece estar vendándole el pene; junto a él un segundo joven permanece de pie ante otro individuo que coge su pene con la mano izquierda mientras que con la derecha parece realizar un corte con una cuchilla. En un relieve procedente del templo de

Khonspekhrod, en Karnak, aparece una escena similar, pero se encuentra peor conservada, ya que falta la mitad superior de las figuras.

Algunos egiptólogos como Marc Orriols consideran que la circuncisión que se practicaba en el Egipto antiguo no era la anular típica del mundo hebreo, en la que se corta una sección del prepucio de modo que el glande queda completamente descubierto, sino otra modalidad en la que se realiza un corte en la parte superior del prepucio de modo que este se abre y queda recogido bajo el glande. Algunas imágenes parecen dar la razón al autor español, incluida la de la mencionada tumba de Ankhmahor, donde aparentemente el sacerdote está practicando un corte en dirección longitudinal en la parte superior del pene del muchacho. Este tipo de circuncisión se sigue practicando a día de hoy en algunas zonas de África, como entre los Masai.

Aunque habitual, la circuncisión no parece haber sido una práctica obligatoria, ya que el historiador Herodoto indica que los sacerdotes habían de estar circuncidados, lo que evidencia que había quien no lo estaba.

También al estudiar la momia del faraón Ahmose (XVIII dinastía, 1549-1524 a.C.) se pudo comprobar que este no había sido circuncidado, y no es un caso único.

Se conoce alguna referencia a “vírgenes no circuncidadas”, mientras que el geógrafo griego Estrabón indica que:

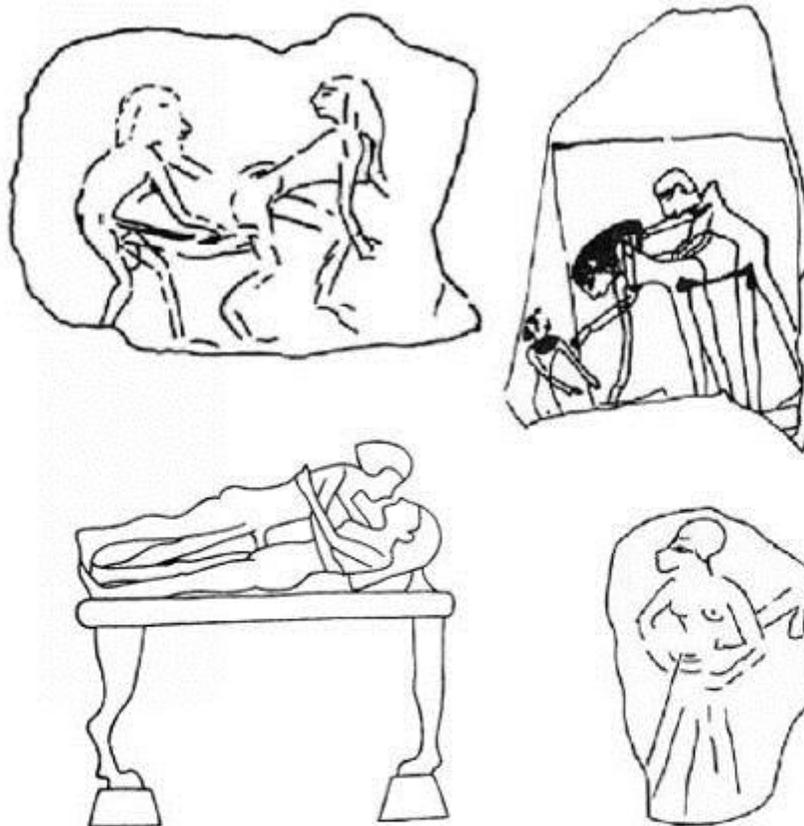
“Una de las costumbres observadas con mayor celo entre los egipcios es esta, crían a cada niño que nace (es decir no practican el infanticidio), circuncidan a los chicos y practican la escisión a las chicas”. (Libro XVII, 2,5)

Esto parece indicar la existencia de la circuncisión femenina, aunque no tenemos datos concretos que nos permitan saber en qué consistiría esta operación exactamente, ya que en los lugares donde se practica esta puede ir desde unas simples punciones simbólicas en el clítoris, hasta la total extirpación de este órgano junto a los labios vaginales menores y mayores. Los estudios realizados hasta ahora sobre momias de mujeres no han encontrado ningún indicio de manipulación en sus genitales, aunque hay que tener en cuenta que estas operaciones son difíciles de detectar en los cuerpos momificados..



6.- La práctica sexual: qué gustaba a los egipcios en la cama

Como vemos, todo indica que los egipcios disfrutaban del sexo sin complejos ni sentimientos de culpa, la fertilidad era muy importante y esta era indisociable del placer sexual, es por ello que buscarían las relaciones íntimas y cuidarían su aspecto para resultar más atractivos al sexo opuesto. Y no solo exteriormente, ya que se sabe que los egipcios de ambos sexos acostumbraban a depilarse todo el cuerpo, siendo considerado el vello corporal síntoma de poco interés en el aseo y la higiene corporal.



19.- Dibujos sobre ostraca en los que se representan escenas sexuales donde el varón penetra a la mujer desde atrás, lo que se conoce como cópula a tergo, procedentes de Deir el Medina; y parte de un jeroglífico que representa la postura “del misionero”, procedente de la tumba de Beni Hassan II, calco de K. Lepsius.

Posturas sexuales.- Ya dijimos con anterioridad que son muy pocas las representaciones gráficas de relaciones sexuales entre los antiguos egipcios si exceptuamos el ya comentado papiro de Turín, y curiosamente un número importante de ellas muestran la cópula a tergo, es decir, con el hombre penetrando a la mujer desde atrás, a menudo con ambos actores de pie. Esto ha llevado a algunos investigadores a afirmar que esta sería la posición “canónica” en el Egipto faraónico, algo que parecen corroborar algunos textos. Más difícil es distinguir si lo que representan estos dibujos son escenas de sexo vaginal o anal, algo que ha dado lugar a distintas teorías e interpretaciones ya que, por ejemplo, entre las 190 culturas de

todo el mundo estudiadas en su momento por Frank A. Beach y Clellan S. Ford (*Patterns of sexual behavior*, 1955), no encontraron ni una sola en la que predominara la cópula a tergo. Eso ha llevado a pensar a más de un investigador que lo que se representa en esas imágenes son escenas de sexo anal, con las que los “artistas” tratarían de resaltar que se trataba de relaciones sexuales mantenidas por simple placer, para distinguirlas de las mantenidas con el fin de procrear, que se mostrarían en otras posiciones.

Esto no es admitido por otros autores que, aunque no niegan que algunas de estas imágenes muestren efectivamente cópulas anales, consideran que en su mayoría se refieren a sexo vaginal. Y muestran como evidencia algunas citas y textos antiguos en los que se indica que este era el “estilo egipcio” a la hora de mantener relaciones sexuales. Otro ejemplo lo encontramos en el papiro Dester Beatty, en el que nos cuenta cómo la diosa Anat no pudo evitar que Seth se “montara en su trasero cubriéndola como lo hace un carnero” (VII, 5-11, 3). Pero hemos de tener en cuenta que Seth suele estar asociado con frecuencia a comportamientos de uso de la fuerza bruta, casi animales, como corresponde al dios del caos, el desierto y la injusticia.

Otra postura que sería muy frecuente es la conocida por nosotros como “el misionero”, es decir la mujer tumbada boca arriba y el hombre encima. La encontramos en muy escasas representaciones gráficas, como puede ser la tumba de Khéty en Beni Hassan donde, además, no es una escena en sí sino parte de un jeroglífico. Aparte de estos escasos dibujos, esta postura aparece citada en algunos textos, aunque siempre de forma indirecta, y en ellos se da a entender que sería una posición habitual. Por ejemplo, en un papiro conservado en el museo del Louvre, Isis narra la cópula con Osiris de este modo:

“Soy tu hermana Isis. No hay otro dios o diosa que haya hecho lo que yo he hecho. He ocupado el lugar de un hombre, aunque soy una mujer, para que tu nombre viva en la tierra, desde que tu semen divino estuvo en mi cuerpo”.

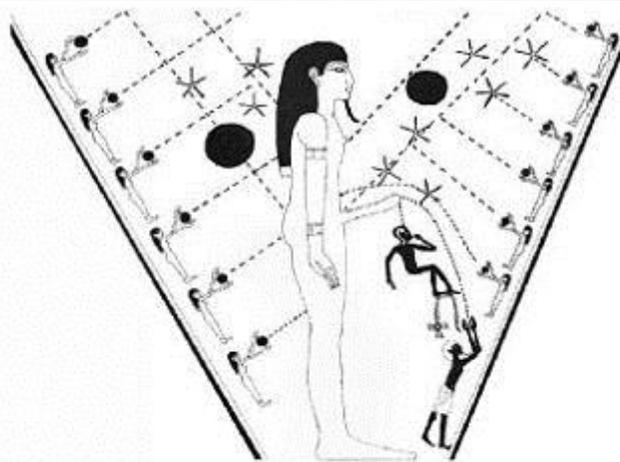
Isis indica que ha ocupado el lugar del hombre, ya que se vio obligada a copular con su hermano fallecido colocándose encima de él, aunque fuera bajo la forma de un ave. Da claramente a entender que lo normal es que fuera el hombre el que se colocara sobre la mujer.

En los Textos de los Sarcófagos encontramos otra referencia en la que se deduce que el hombre se situaría sobre la mujer:

“Él copulará en esta tierra de noche y de día; entonces el orgasmo de la mujer llegará debajo de él cada vez que él copule” (CT 576, VI 191, 1-n).

En la iconografía solo se conocen dos escenas, aunque se repiten a menudo, en las que se muestra a una mujer que copula situándose encima de un hombre, y en las dos se trata de divinidades: Isis y Nut. En ambos casos la mujer se coloca sobre el hombre porque es la única posición posible; en el primero porque Osiris está muerto; en el segundo la excepción viene motivada por la concepción del cosmos, en el que la diosa Nut representa la cúpula celeste, por lo que se encuentra en la parte superior, mientras que su pareja, Geb, la tierra, se ubica en la parte inferior.

La masturbación.- Ya comentamos al principio de esta obra que la masturbación masculina no tiene en la cultura egipcia las connotaciones negativas que encontramos en otras ya que, según la cosmogonía heliopolitana, fue utilizada por Atum-Re nada menos que para crear el mundo, con lo que no son raras las representaciones de este dios eyaculando y sus hijos Shu y Tefnut surgiendo del semen derramado.



20.- Representación de Atum en el momento de la creación de la humanidad según la cosmogonía heliopolitana. El dios se masturba y de su semen surgen Shu y Tefnut, la primera pareja divina. Las doce pequeñas diosas representan las doce horas diurnas o nocturnas.

Calco de la tumba de Ramses VI (XX dinastía) en el Valle de los Reyes de Tebas.

Parece ser que este hecho creador fue reproducido por algunos reyes en una ceremonia anual en la que el faraón se masturbaba hasta eyacular sobre el Nilo, que adquiriría así una fertilidad que luego trasladaba a todo Egipto. Según otras fuentes sería la reina la encargada de aliviar al faraón en este ritual, y es que no debemos olvidar que uno de los títulos religiosos ostentado por muchas reinas y princesas egipcias era el de “mano del dios”, lo que las hacía responsables de los ritos relacionados con la estimulación sexual de Amon, en los que ellas representarían el aspecto femenino de la creación, es decir, la mano con la que el dios se masturbó.

Si escasas son las referencias a la masturbación masculina, las relativas a la femenina son sencillamente inexistentes. Y es que aunque son muchos los objetos encontrados con aspecto fálico y que bien podrían haber sido utilizados por las mujeres egipcias para proporcionarse unos momentos de solaz, la mayoría no pasarían de ser simples amuletos propiciatorios de la fertilidad aunque, bien visto, un uso no tiene por qué excluir necesariamente al otro.

Es fácil encontrar en Internet historias como el supuesto precursor del vibrador utilizado por la reina Cleopatra, para lo que se introducían varias abejas en una cajita metálica. Se supone que la vibración producida por su zumbido se transmitía a las paredes de la cajita, que aplicada en el punto adecuado proporcionaría a la reina momentos de placer solitario. Esta historia carece de la más mínima base histórica.

Sexo oral.- Las alusiones y representaciones de esta práctica sexual son más que escasas, limitándose casi en su totalidad a algunas pinturas en las que aparece el dios Geb realizándose una autofelación ante la imposibilidad de mantener relaciones con su esposa Nut. El hecho de que el dios se aliviara de este modo tan acrobático y poco práctico en vez de mediante una simple masturbación, parece indicarnos que el sexo oral sería una práctica habitual entre los egipcios, aunque quedaría relegado de las representaciones artísticas por ser una práctica estéril que no perseguía la reproducción. Vemos de nuevo como una cosa era la postura oficial y otra muy diferente la vida sexual de la mayoría de los egipcios.

También encontramos una curiosa representación en un papiro del Libro de los muertos de Ani, conservado en el Museo Británico de Londres, en la que una mujer está arrodillada con la boca entreabierta a la altura de los genitales de un hombre momificado. Para unos se trata simplemente de una plañidera llorando la muerte del hombre representado, aunque pintada demasiado próxima al mismo, mientras que para otros estaríamos ante una felación en toda regla, eso sí, realizada *postmortem*. Si se observa detenidamente esta imagen se puede ver que lo que parece el pene de la

momia dentro de la boca de la mujer, es en realidad parte del brazo de ella, aunque pintado de tal modo que aparenta la felación. Nuestra opinión es que el pintor buscó premeditadamente el efecto óptico para mostrar una felación sin pintarla realmente.



21.- Curiosa escena que aparece en el papiro de Ani que representa a una mujer llorando ante una momia. A primera vista puede parecer que la mujer en realidad está haciéndole una felación al difunto, algo que es materialmente imposible, ya que si nos fijamos, el brazo derecho y las piernas de la mujer están detrás de la momia, es decir ella no está frente a la momia sino en un plano más alejado. Lo que parece el pene en la boca de la mujer es en realidad su brazo izquierdo, estirado para, en una postura imposible, abrazar la cintura de la momia. Para mí no hay duda de que el artista buscó el efecto óptico para mostrar una felación sin pintarla realmente. Museo Británico.

Veremos en el punto dedicado a la necrofilia cómo las relaciones sexuales con cadáveres no eran algo totalmente extraño entre los egipcios y que en algunos casos tenían unas implicaciones claramente religiosas.

Zoofilia.- En las fuentes escritas, sobre todo en las procedentes de época tardía, aparecen diversas alusiones a esta práctica sexual. Y aquí volvemos a ver cómo su origen se encuentra en la mitología, donde encontramos diversos episodios en los que los dioses mantienen relaciones con animales o con otros dioses que toman la forma de un animal. Entre los muchos ejemplos encontrados podemos volver a citar a la diosa Isis, que según algunas versiones tras recomponer el cuerpo de Osiris juntando sus pedazos y momificarlo, tomó la forma de un milano para copular mágicamente con él.

En otras fuentes se recogen una gran diversidad de especies animales con las que tanto hombres como mujeres mantenían relaciones sexuales, y entre ellas habría que destacar al toro, con el que copularían las mujeres, y el cocodrilo, que aparece como pareja sexual tanto de hombres como de mujeres, algo que llamó poderosamente la atención de los historiadores griegos y romanos. Así nos cuenta el historiador griego Heródoto uno de estos encuentros sexuales, en este caso con un carnero, del que él fue testigo durante su visita al país del Nilo en el siglo V a.C.:

“En aquel Nomo (Mendes) sucedió en mis días la monstruosidad de juntarse en público un cabrón con una mujer: bestialidad sabida de todos y aplaudida”. (Libro II, 46)

Este hecho que tanto escandalizó al sabio griego se habría producido durante la fiesta anual dedicada al dios Knum, y como él dice no sorprendió a nadie ya que era algo habitual durante esa celebración.

Necrofilia.- Esta práctica, que hoy calificamos como aberrante, parece no haber sido algo tan extraño en el antiguo Egipto, aunque tampoco entonces sería ni legal ni socialmente aceptada.

Las fuentes clásicas indican que cuando las familias pudientes entregaban a una mujer fallecida a los embalsamadores ponían a una persona de confianza encargada de vigilar el cuerpo para evitar que fuera profanado, y Herodoto nos dice que los egipcios acostumbraban a no entregar los cuerpos de las mujeres bellas a los embalsamadores hasta que, pasados tres o cuatro días del fallecimiento, comenzaba la putrefacción del cadáver. Lógicamente esto ocasionaría que el proceso de embalsamado no obtuviera unos resultados óptimos, lo que podría ser la causa de la peor conservación constatada en no pocas momias femeninas

respecto de las masculinas.

Es de suponer que estas medidas se ajustarían también a las condiciones de la fallecida, no sería necesario tomar las mismas precauciones con una anciana de setenta años que con una adolescente en la flor de la vida.

El origen de estas prácticas necrófilas en Egipto –desviaciones aparte– vuelve a estar en su mitología. Destaca el episodio comentado en el punto anterior, en el que Isis copula con Osiris después de que este hubiera muerto, para lo que la diosa le proporcionó un pene artificial que sustituía al que Seth había arrojado a las aguas del Nilo.



7.- El papiro erótico de Turín

Se trata sin duda de la más explícita y reconocida representación de escenas sexuales procedente del antiguo Egipto, pero a pesar de su importancia ha permanecido oculto casi hasta nuestros días en los almacenes del Museo Egipcio de Turín, ya que hubo que esperar hasta 1973 para que fuera publicado en su totalidad por J. Omlin, y aún tuvieron que pasar muchos años para que finalmente fuera expuesto en sus vitrinas.

El papiro 55001, como oficialmente se le conoce, formaba parte de una importante colección de antigüedades egipcias que en 1824 fue vendida por el aventurero, anticuario y cónsul de Francia Bernardino Drovetti (Piamonte 1776-Turín 1852) al entonces rey Carlos de Saboya.

Drovetti conseguía las piezas tanto en excavaciones propias como mediante su adquisición a los muchos saqueadores de tumbas profesionales que entonces pululaban por Egipto, razón esta por la que se desconoce la procedencia exacta del papiro, aunque todo parece indicar que originariamente habría sido depositado en una tumba de la necrópolis de Deir el Medina, el poblado en el que residían los artesanos y artistas que construían y decoraban las tumbas del cercano Valle de los Reyes, en Tebas, y se ha datado entre 1186 y 1070 a.C.

Como vemos en otros puntos de este libro, de Deir el Medina proceden también diversas escenas sexuales dibujadas sobre *ostraca*, con lo que todo parece indicar que allí se encontraría un importante taller de producción de material con contenido erótico, cuando no pornográfico, que se suministraría a los potentados egipcios de la época, únicos que podían permitirse adquirir objetos de la calidad del papiro que nos ocupa, ya que los dibujos están realizados con una destacable habilidad, muy superior a la de otras escenas de índole sexual que aparecen en *ostraca* y *graffiti*.

Ese mismo año 1824 el papiro fue examinado por el célebre egiptólogo francés Jean-François Champollion, el descifrador de la escritura jeroglífica, que quedó escandalizado con su contenido, como puede verse en una carta dirigida a su hermano en la que comenta lo siguiente:

“Aquí, un trazo de ritual, en la parte de atrás del cual el interés humano había escrito un contrato de venta y, allí, restos de unas pinturas de una obscenidad monstruosa y que me ofrecen una muy singular idea de la gravedad y la sabiduría egipcia”

La pieza en sí se configura como una gran tira de papiro de 259 cm de longitud por unos 21 cm de altura en que se representan dos series de escenas muy diferentes, aunque todo parece indicar que la idea del autor era que formaran una unidad, un todo cuya relación no terminamos de comprender. El documento se encuentra actualmente muy dañado ya que faltan muchos fragmentos. Aún así, los dibujos han podido reconstruirse prácticamente en su totalidad, entre otras cosas porque se conservan calcos realizados en el siglo XIX, cuando el papiro se encontraba en mucho mejor estado. Uno de estos calcos lo realizó el español Luis de Usoz, que residía en Turín cuando el papiro fue adquirido, y hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.



23.- El papiro erótico de Turín completo. Arriba vemos las escenas eróticas y en la parte inferior la representación de animales en actitudes humanas. Reconstrucción a partir de calcos realizados en el siglo XIX

La primera parte del documento (la de la derecha) nos muestra una serie de dibujos de animales, solos o en grupos, en actitudes plenamente humanas: un halcón trata de subir por una escalera a un árbol en el que hay un hipopótamo, un león toca la lira, un cocodrilo el laúd, etc. A pesar de que se ha intentado dar a estas escenas infinidad de interpretaciones, hoy se tiende a considerarlas como eminentemente satíricas. Esta parte es muy similar tanto en contenido como en estilo a otro papiro datado también en el periodo ramésida y que hoy se conserva en el Museo Británico de Londres.

La parte que nos interesa es además la más extensa, ya que ocupa 170 cm del total, y se divide en doce escenas con una temática plenamente sexual. Encontramos representados a varios personajes practicando sexo en las más diversas posturas, en su mayor parte casi imposibles de llevar a la práctica a menos que se trate de una pareja de consumados gimnastas, cuando no de contorsionistas, y en algunas de ellas los actores principales están acompañados por otros secundarios, siempre dibujados a un menor tamaño. Se han perdido una parte importante de los textos que acompañaban a la mayoría de las imágenes a modo de diálogos, como si de un cómic se tratara.

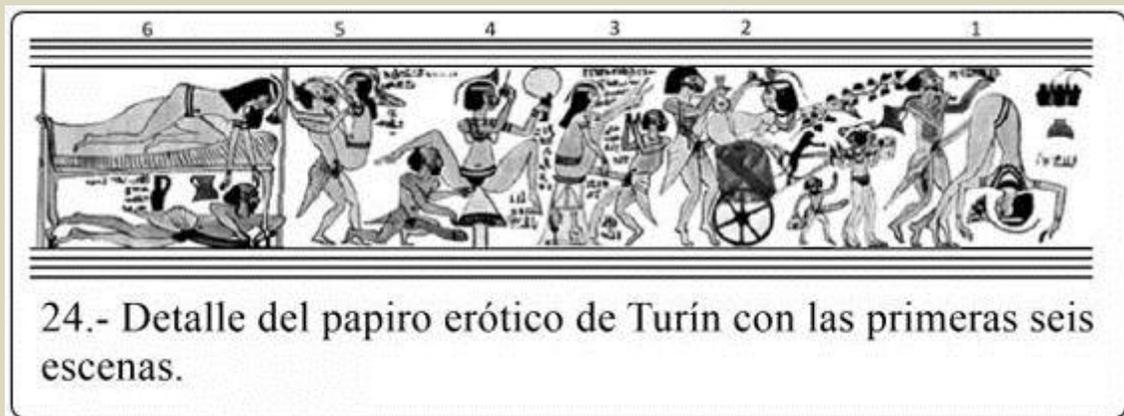
Los pocos textos que se han podido reconstruir y descifrar, en escritura hierática, tampoco nos dan muchas pistas sobre el significado de los dibujos, ya que en su mayoría se limitan a expresiones y diálogos de poca extensión y significado ambiguo, aunque de lo más explícito, por ejemplo: “no temas lo que voy a hacerte”, “Dios mío”, “pon tu amante falo en mi interior sin que yo lo vea” (es decir, por detrás), “¿lo ves?, todo el falo me ha penetrado. No estoy avergonzada”, etc. Además estos textos parecen

haber sido escritos con posterioridad a la finalización de los dibujos aprovechando el espacio disponible entre las escenas, y no tienen por qué ser contemporáneos ni proceder de la misma mano.

Se ha discutido mucho acerca del significado y funcionalidad de este papiro, en realidad los estudiosos todavía no se han puesto de acuerdo sobre ello. Para algunos se trata de un simple cómic pornográfico realizado para el uso y disfrute de algún adinerado de la época; para otros sin embargo narraría las hazañas amorosas de un personaje concreto, que incluso se ha señalado que pudiera ser el propio Ramsés II o un sacerdote de Amón por algunos de los elementos presentes, aunque también se ha especulado con que lo que se muestra sea simplemente una orgía o una escena de burdel.

Lo cierto es que el protagonista masculino parece ser siempre el mismo, un hombre entrado en años y parcialmente calvo, con la única excepción de la escena en la que el encuentro sexual se desarrolla sobre un carro de guerra. Esto podría indicar que estamos ante una historia protagonizada por una persona concreta, aunque es algo difícil de asegurar al cien por cien debido al mal estado de conservación del papiro, que no nos permite cotejar con seguridad los rasgos faciales de los protagonistas masculinos.

Algunos investigadores han planteado incluso la posibilidad de que este papiro sea una especie de guía sexual para instruir a los varones de las clases altas egipcias, de un modo similar al que se utilizaba el *Kama Sutra* por los nobles de la india, y algo que consideramos poco probable al carecer el papiro de Turín de los componentes morales e instructivos del texto indio.



Las imágenes: Las escenas estarían dibujadas para ser vistas de derecha a izquierda, igual que se leían los textos, por lo que las hemos

numerado del uno al doce para su mejor identificación.

La primera imagen por tanto es la que muestra a la mujer doblada casi en dos con el varón penetrándola desde atrás (cópula a tergo). El hombre lleva algo colgado sobre su hombro derecho que podría ser un saco, mientras que con su mano izquierda parece golpear las nalgas de la joven.

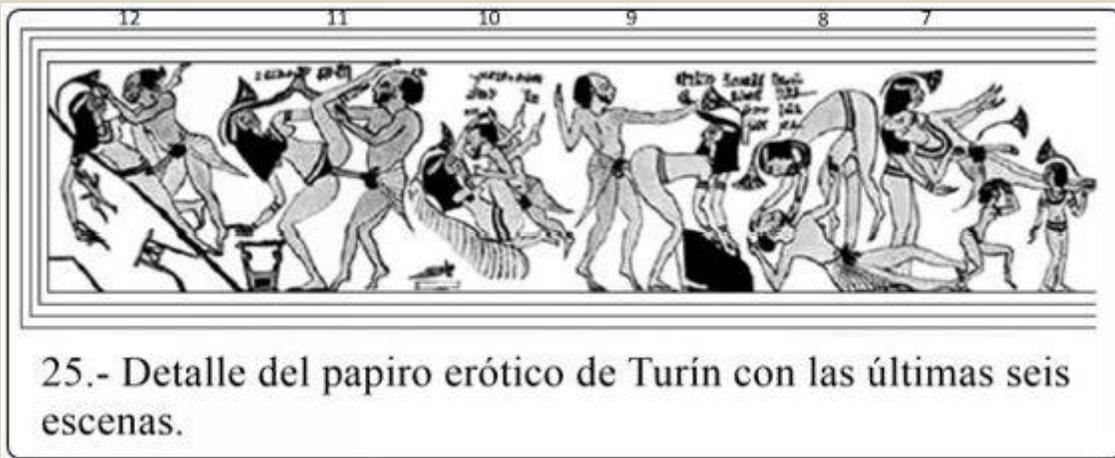
La segunda escena es una de las más complejas, ya que el hombre penetra a la mujer desde atrás mientras ella está subida a un carro de guerra que es tirado por otras chicas que son azuzadas por un hombrecillo de pene descomunal, mientras que por la lanza del carro corretea un mono. El hombre porta en su mano derecha una botella y de ese mismo brazo cuelga un sistro, mientras que con la otra mano sujeta a la chica por el pelo, detalle este que se repite en otras dos escenas.

En la tercera escena la chica es penetrada mientras se encuentra sentada sobre un alto taburete con las piernas levantadas. El hombre alza sus manos y mira hacia atrás como si no estuviera por la labor, con lo que es ella la que se coloca el pene entre las piernas. Bajo el taburete volvemos a encontrar los mismos elementos que portaba el hombre en la anterior escena; una botella y un sistro, el instrumento de Hathor.

La cuarta escena es una de las más difíciles de interpretar, ya que en ella la mujer aparece abierta de piernas de frente al espectador sobre un elemento indeterminado que algunos identifican como una vasija puesta del revés. La punta del objeto está justo en la vagina de la joven y el varón, que se encuentra de rodillas junto a ella, acerca su dedo a la misma mientras su descomunal pene erecto casi toca el suelo. Sobre la escena hay interpretaciones para todos los gustos, desde los que piensan que estamos ante un artilugio ideado para recoger los fluidos vaginales de la joven, hasta los que piensan que lo que se ha dibujado es una simple escena de masturbación, algo que no parece muy lógico, ya que ella está como distraída pintándose los labios mientras se mira en un espejo.

En la quinta escena la mujer es penetrada mientras es sujeta en el aire por su pareja y ella levanta las piernas sobre los hombros del varón.

La sexta escena ocupa el lugar central del papiro erótico, y también es de difícil interpretación. El hombre está tumbado bajo la cama mientras la mujer estira sus brazos hacia él como animándolo a subir al lecho, algo a lo que él no parece muy dispuesto. Junto al hombre podemos ver una jarra rota y otra completa, lo que podría indicarnos que el varón está ebrio.



La séptima escena suele ponerse en relación con la anterior, ya que el hombre es llevado en brazos por su amante ayudada por otras dos mujeres. El varón está desfallecido, no sabemos si por el exceso de alcohol o de sexo. Esta escena, junto a la anterior, son las únicas en las que no existe ningún tipo de contacto sexual.

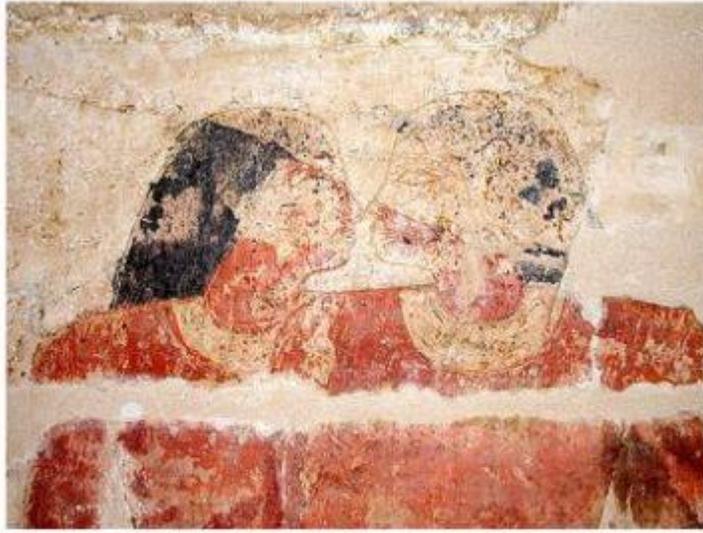
En la escena ocho los amantes se encuentran en unas posiciones que nos recuerdan mucho a las representaciones de los dioses Geb y Nut. Vemos como el varón se encuentra tumbado en el suelo con su enorme pene erecto y la mano apoyada en la cabeza, del mismo modo que suele representarse a Geb, mientras que la mujer está arqueada sobre él, como Nut, y parece levitar sin que el miembro del hombre llegue a penetrarla.

La escena nueve vuelve a mostrarnos otra cópula a tergo, y en ella el varón sujeta a la mujer del pelo obligándola a volver la cabeza hacia él. Esta es la posición más “viable” de todas las representadas en el papiro.

La escena diez muestra a la mujer recostada sobre una superficie indeterminada, con una pierna sobre el hombro de su pareja y la otra bajo su axila. El hombre la penetra mientras parece levitar, ya que sus pies no llegan a tocar el suelo.

En la escena once la chica levanta una de sus piernas por encima del hombre, que la penetra mientras la agarra del pelo. Junto a la muchacha se ha depositado en el suelo lo que parece una lira.

En la decimosegunda y última escena el varón penetra a la mujer situado sobre ella, que se halla recostada sobre un plano inclinado con una pierna sobre el hombro de su amante, mientras su mano cuelga como muerta sujeta por un pequeño hombrecillo, también con el pene erecto. Curiosamente encontramos algunas imágenes de Osiris en las que el dios es representado exactamente en la misma posición que la joven.



26.- Fotografía de una de las escenas pintadas en la tumba de Khnumhotep y Niankhkhnum en la que los dos hombres aparecen abrazados y con sus rostros muy juntos, de un modo muy diferente al que se representan los hombres en el arte egipcio. Necrópolis de Saqqara.

8.- La homosexualidad

Aunque está claro que la homosexualidad, tanto masculina como femenina, estaba presente en el antiguo Egipto del mismo modo que en el resto de sociedades antiguas y modernas, lo cierto es que las menciones expresas en las fuentes escritas y en la iconografía son más que escasas, tanto es así que ni siquiera tenían una palabra para definir las relaciones entre personas del mismo sexo.

Si a esta escasez en origen añadimos el hecho comprobado de que hasta no hace demasiados años se han ocultado, cuando no directamente destruido, muchas referencias a la sexualidad en general, pero muy especialmente a la homosexualidad, comprenderemos que es muy difícil hacernos una idea ajustada de esta faceta de la sexualidad egipcia.

Pero escasez no significa inexistencia ya que disponemos de varias referencias, algunas de suma relevancia dado que nos permiten sacar importantes conclusiones acerca de la visión que los antiguos egipcios

tenían de las relaciones entre personas del mismo sexo.

La principal es la narración de un mítico episodio del enfrentamiento entre los dioses Seth y Horus que se recoge en un número importante de papiros, aunque en forma de diferentes versiones. Una de las más largas conocidas, de principios del Imperio Medio (2050-1785 a.C.), se resumiría de este modo: Seth invita a Horus a su casa y Horus con placer acepta la invitación. Al atardecer ambos se acuestan en el mismo lecho y durante la noche Seth coloca su pene erecto entre los muslos de Horus. Horus recogió el semen de Seth y se dirigió a su madre Isis diciéndole que le ayudara, Isis cortó la mano de Horus y la mano llena de semen cayó al Nilo. Luego Horus se masturbó, su madre tomó el semen y lo colocó en una lechuga que fue consumida por Seth. Más tarde, cuando Seth se jactó ante la Enéada (los nueve dioses principales de la cosmogonía heliopolitana), de que había hecho el trabajo de un “hombre guerrero” en Horus, es decir, que lo había penetrado, Horus se defendió diciendo lo contrario, que había sido él el que había yacido como “hombre guerrero” sobre Seth. Entonces la Enéada gritó en voz alta al semen de Seth para ver donde había fecundado, y de inmediato los bambúes y papiros de las riberas del Nilo contestaron, y cuando llamaron al semen de Horus para ver dónde se había fecundado, Seth vomitó el semen de Horus que había tragado con la lechuga.

Una versión más antigua cuenta la misma historia aunque de un modo ligeramente diferente y más explícito:

“La persona divina de Seth dijo a la persona divina de Horus: “¡Cuan hermosas son tus nalgas, que vital!”... “Abre tus piernas.”... “Entonces (Horus) corrió y le dijo a su madre Isis que Seth deseaba sodomizarlo.”...”Y ella le dijo: “¡Cuidado! ¡No te acerques demasiado a él! Cuando te lo mencione otra vez, entonces le dirás: “Es muy doloroso para mí”...” te suplico no apoyar tu fuerza en mí”...”Isis prosigue su consejo: “Entonces, cuando él te dé su fuerza, coloca los dedos entre tus nalgas.”... “He aquí que él va a disfrutar en extremo de esa semilla que ha salido”... “Más tarde, Isis lanzó el semen de Seth en un arroyo cercano, luego extendió un poco de semen de Horus en una lechuga y se la dio a Seth a comer. Más tarde, cuando Seth se jactó ante los dioses de que había tomado sexualmente a Horus, el joven lo negó. Para resolver la discusión, los dioses provocaron las semillas de ambos. La semilla de Seth contestó desde el agua”... “Mientras que la semilla de Horus salió por la frente de Seth en forma de un disco de oro”

(Montserrat, 1996, 141)

Independientemente de lo que este mito en sus diferentes versiones trata de transmitir en relación a las luchas entre el alto y el Bajo Egipto (Seth era el dios del Alto Egipto y Horus el del Bajo Egipto), que acaban unificándose bajo una misma corona, vemos como todas hacen hincapié en el empeño de ambos contendientes por demostrar que eran ellos los que habían ejercido el papel activo en la cama. Ninguno niega que se produjera tal encuentro sexual, sino que los dos tratan de demostrar que es el otro el que ha sido sodomizado, lo que implicaría sumisión al que ejerce la función activa. Por otra parte, esta actitud hacia la homosexualidad masculina es común a otras culturas cercanas como la fenicia o las mesopotámicas.

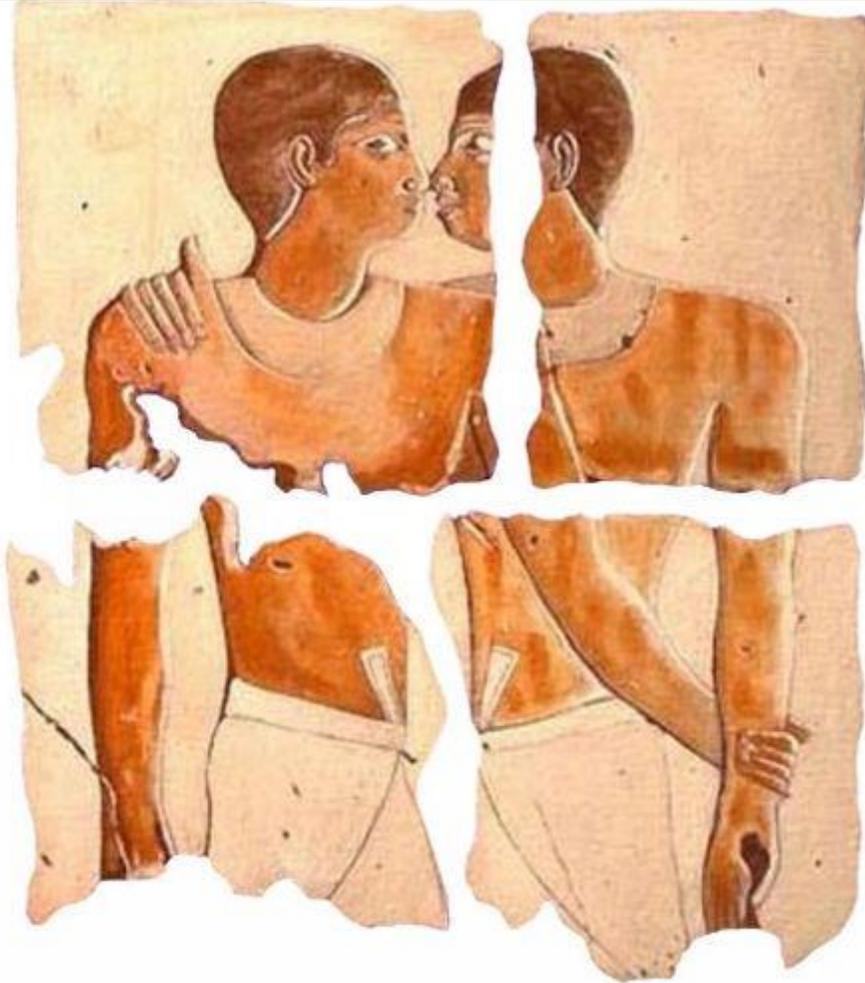
No debemos olvidar que algunas fuentes de la época consideraban a Seth afeminado, por ejemplo en una inscripción del templo de Edfú se refieren a Seth como “aquel que es como mujer” (*hemety*).

Una segunda referencia a la homosexualidad masculina, recogida al menos por tres papiros distintos, es la que cuenta los encuentros nocturnos del faraón Neferkare (Pepi II, de la VI dinastía) con el general Saset. La historia, en forma de cuento, narra cómo un individuo llamado Teti vio una noche al faraón salir solo del palacio y decidió seguirlo, ya que había rumores sobre estas salidas nocturnas del monarca. Cuando Pepi llegó a la casa del general Saset le lanzó una piedrecita e inmediatamente le echaron una escalera por la que entró a la casa, en la que permaneció durante cuatro horas supuestamente retozando con su general.

Un aspecto destacable es que, al igual que en el episodio de Seth y Horus, estos papiros no entran a valorar moralmente el hecho homosexual en sí, sino que más bien son una crítica al faraón por lo que consideran un abuso de poder sobre su comandante. Aunque a esto también podríamos aducir que en ningún lugar se dice que el general estuviera en desacuerdo con tales muestras de real afecto ni se especifica con total seguridad cuál de los dos ejercía el papel de “hombre guerrero” y cual se dejaba hacer, algo que, como ya hemos visto anteriormente era un detalle de la mayor importancia para la mentalidad egipcia. No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si se hubiera difundido que era el faraón, el dios en la tierra, quien se dejaba sodomizar por Saset.

Se ha especulado con la posibilidad de que la referencia a ejercer de “hombre guerrero”, proceda de posibles violaciones practicadas a los

vencidos en el campo de batalla como forma de humillarlos.



27.- Copia de otra de las escenas pintadas en la tumba de Khnumhotep y Niankhkhnum en la que se aprecia a la pareja en una posición claramente de pareja, idéntica a la que se muestra en numerosas tumbas, aunque con protagonistas de distinto sexo.

Otro caso de posible homosexualidad masculina lo encontramos en una tumba descubierta en 1964 en Saqqara y datada en el reinado del faraón Niuserre (2453-2422 a.C.). Se trata de la conocida como “tumba de los dos hermanos”, un sepulcro que albergaba los restos de dos hombres que ostentaban el cargo de manicuristas reales y jefes de los manicuristas de palacio, y que en un principio se consideró que eran hermanos gemelos

(Khnumhotep y Niankhkhnum). Pero cada vez parece más claro que entre ambos existía una relación que nada tenía que ver con el amor fraterno. Para empezar, sobre la entrada a las cámaras interiores encontramos sus nombres entrelazados –Niankh-Jnum-Hotep– de manera que se podrían leer como “unidos en la vida y unidos en la muerte”, y lo más llamativo es que en los muros interiores aparecen representados en diversas escenas en actitudes cariñosas desconocidas en el arte egipcio entre dos hombres: abrazados, cogidos de la mano o juntando sus narices en lo que parece el preludio de un beso. A pesar de que en estas escenas están rodeados de sus esposas e hijos, la mayoría de investigadores consideran que estaríamos ante la primera representación de una pareja homosexual de la historia del arte. Si hacemos caso a las convenciones habituales en el arte egipcio, en esta relación sería Khnumhotep quien ejercería la función femenina, y así lo vemos abrazando a Niankhkhnum, quien a su vez lleva al primero de la mano.

Aparte de estos casos más llamativos, encontramos varias alusiones a relaciones de tipo homoerótico en diversos textos, entre los que destacarían los Textos de los Sarcófagos y el Libro de los Muertos.

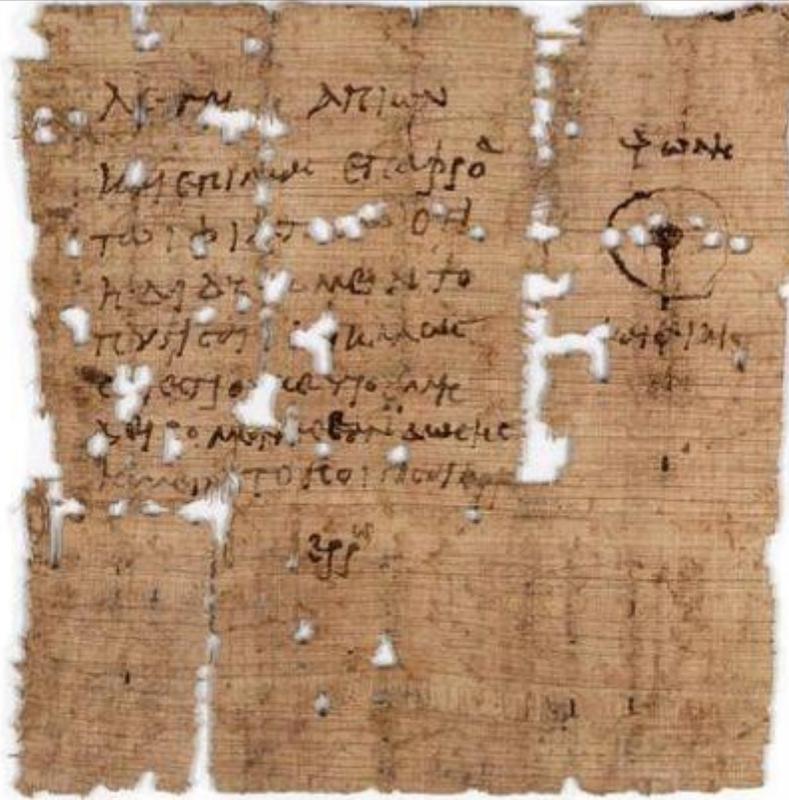
En la fórmula 635 de los Textos de los Sarcófagos aparece el siguiente pasaje: “Atum no tiene poder sobre (nombre del muerto), él copuló con su ano”. Consideramos que esta fórmula no está relacionada directamente con la homosexualidad, sino que se refiere a la relación de poder que se establece al sodomizar a otro hombre. Al penetrar a otro individuo, incluso al mismísimo Atum, se le privan de sus poderes sobre el fallecido.

El Libro de los Muertos es una antiquísima recopilación de sortilegios, oraciones y otros textos funerarios que se comenzó a poner por escrito a partir de la XVIII dinastía, y una copia del cual se solía poner dentro del ataúd de los difuntos, aunque cada uno recogía distintos pasajes. El capítulo 125, conocido como “La confesión negativa”, recoge dos series de confesiones que el difunto hace ante el Tribunal Divino, presidido por Osiris, para tratar de convencerlos de que es merecedor de la vida eterna. Entre estas declaraciones encontramos alguna que demuestra la existencia de relaciones homosexuales. Por ejemplo una de estas confesiones ha sido traducida como “no he tenido relaciones sexuales con un niño”, también como “yo no he copulado con un penetrado” y como “yo no penetré sexualmente a otro hombre”. Las diferentes interpretaciones se deben a las diversas maneras de traducir la palabra *nkk*. A pesar de los matices, todas estas formas se refieren expresamente a una relación de tipo homosexual.

En el papiro Prisse, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y que recoge “Las enseñanzas del visir Ptahhotep”, un compendio de preceptos morales, encontramos el pasaje 32 en el que indica que no es apropiado copular con una “mujer-chico”, expresión que podría ser traducida como niño o muchacho joven al que le correspondería la función pasiva en una relación de tipo homosexual, lo que sería un indicio de que no era infrecuente utilizar niños como objetos sexuales.

El egiptólogo Richard B. Parkinson cita también una inscripción en el templo de Edfú (Menfis) y en un papiro procedente de Tanis, en el delta, que indican que es tabú “unirse con un *hm* (hombre afeminado) o con un *nkk* (homosexual pasivo)”.

Otra de las cosas que cambiaron con la llegada de los griegos a Egipto fue la visión de la homosexualidad, y es que de todos es sabido que las relaciones sexuales entre hombres era una práctica habitual y socialmente aceptada en todo el ámbito cultural griego.



28.- Papiro localizado en Oxirrinco con una carta de claro contenido homosexual. El dibujo supuestamente representa un ano siendo penetrado. Está datado en el siglo I a.C. Ashmolean Museum, Oxford.

Uno de los episodios más conocidos de los que han llegado a nosotros de aquella época es el que aparece recogido en una carta sobre papiro localizada en 1897 en un antiguo vertedero de Oxirrinco (hoy El-Bahnasa) por los arqueólogos Bernard P. Grenfell y Arthur S. Hunt, y que se encuentra depositado en el Ashmolean Museum de la universidad de Oxford. Está datada en el siglo I a.C. y dice así:

“Apión y Epimas declaran a Epafrodito, el queridísimo, que si nos permites sodomizarte, también tú lo pasarás bien, y que no te zurraremos si nos permites sodomizarte. Que sigas bien.” (P. Oxi. XLII 3070)

Además del mensaje la carta incluye un dibujo que, aunque de muy limitada calidad artística, es de lo más elocuente: un agujero con algo

parecido a un palo penetrándolo. Además le añadieron texto: en la parte superior escribieron lo que se podría traducir como “empalmado”, y en la inferior “y culo”. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros la contestación a la misiva, con lo que nos quedamos con la duda de saber si al pobre Epafrodito le zurraron o “le dieron”.

Ya durante la dominación romana encontramos un acontecimiento de gran importancia para el tema que tratamos, el fallecimiento de Antinoo, el joven amante del emperador Adriano, ahogado en las aguas del Nilo. El emperador nunca lo superó, y dedicó muchos esfuerzos y dinero a perpetuar la memoria del joven: acuñó monedas con su efigie, fundó la ciudad de Antinoopolis en el lugar donde falleció e incluso hizo que se le rindiera culto asociado a Osiris.

Estas circunstancias nos han desvelado otro posible caso de homosexualidad entre los egipcios, aunque como decimos ya de un momento muy tardío; y es que en esa misma ciudad de Antinoopolis los arqueólogos encontraron a finales del siglo XIX un retrato funerario doble, datado en el siglo II d.C., que representa a dos hombres, uno bastante más joven que el otro, y que en un principio, de nuevo, se habían considerado hermanos. Pero ahora no son pocos los que sostienen que la relación entre ambos estaría muy lejos de ser fraternal, apuntando más bien a una pareja homosexual que decidió compartir sus existencia también en el más allá. A este cambio de interpretación han contribuido diversos factores; entre otros la nueva perspectiva a la hora de observar las relaciones en el pasado, pero también el nulo parecido existente entre ambos hombres, el hecho de que al más joven se le pintara con la piel clara, como se solía hacer con las mujeres y, muy importante, la presencia de una imagen de Antinoosiris, el divinizado favorito de Adriano, justo sobre el hombro del miembro más joven de la pareja.

Del mismo modo que encontrábamos casos de violencia sexual contra las mujeres se ha encontrado al menos un caso judicial relativo a una posible violación de tipo homosexual:

“Cargo concerniente a la violación por este marinero Panejta (...), un campesino del templo de Knum, Señor de Elefantina, quien está en la ciudad de Pa (...)” (Papiro Turín 1887, vº 3, 4-5)

Insistimos aquí en el hecho de que para los egipcios la penetración anal masculina era ante todo un acto de dominación y humillación sobre el que desempeñaba la función pasiva, algo más evidente cuando, como en este caso, la relación era no consentida.

Si escasas son las referencias a la homosexualidad masculina, las relacionadas con el lesbianismo son casi inexistentes, ya que se limitan a tres textos. El primero está recogido en el papiro Carlsberg XIII, un libro de interpretación de los sueños datado en el siglo II a.C.:

“Si una mujer tiene relaciones sexuales con ella, ella tendrá mala suerte, y uno de sus hijos (...); si una mujer tiene relaciones sexuales con ella, ella mentirá”. Manniche, L. (1987)

El hecho de que se mencionen estas relaciones sexuales de tipo lésbico (aunque estas ocurran dentro de un sueño), parece indicar que era algo conocido, lo que no sabemos es si serían frecuentes ni el grado de aceptación social.

La segunda referencia es más dudosa, ya que aparece en un pasaje del Libro de los muertos en el papiro de Nestanebtasheru (970 a.C.), donde se lee que “Ella no ha tenido nunca relaciones sexuales con la esposa de un hombre”. No sabemos si realmente el escriba quiso decir esto o, simplemente, se equivocó al copiar el texto de un varón, ya que estamos ante un caso único y, dado que estos libros suelen tener fórmulas casi estandarizadas, es muy raro que no aparezca este pasaje en ningún otro papiro de los muchos localizados en sepulturas femeninas.

Encontramos una última referencia a estas tendencias lésbicas en un hechizo que ha llegado hasta nosotros en el que una mujer pide a los dioses de ultratumba que intercedan para conseguir que otra caiga rendida ante ella, indicando incluso el sitio en el que el encuentro amoroso entre las dos mujeres debería tener lugar: unos baños. Pero hemos de tener presente que hablamos ya del periodo ptolemaico y que las protagonistas tienen nombres griegos, con lo que es difícil extrapolar este episodio a épocas anteriores:

“(…) Por medio de este espíritu de muerto inflama el corazón, el hígado, el espíritu de Gorgonia, a la que parió Nilogenia, de amor y deseo hacia Sofia, a la que parió Isara. Forzad a Gorgonia, a la que parió Nilogenia, a acudir a los baños, para Sofia, a la que parió Isara. Y tú, atiéndela en el baño. Quema, abrasa, inflama su alma, su corazón, su hígado, su espíritu, de amor por Sofia, a la que parió Isara.

Atraedme a Gorgonia, a la que parió Nilogenia, atraédmela, torturad su cuerpo noche y día, sometedla, para que abandone precipitadamente todo lugar y toda casa por el amor de Sofia, a quien parió Isara, que se

entregue a ella como esclava, ofreciéndole además todas sus pertenencias (...)" (SGD 151. Hermópolis Magna)

Tras el estudio de todas estas fuentes, quizá el aspecto más importante que se desprende es que la postura "oficial" era considerar la homosexualidad como una conducta reprobable que se debía evitar, sobre todo porque no era productiva en cuanto a engendrar descendencia, punto este, como vimos anteriormente, de gran importancia en la mentalidad egipcia, pero no existiría una prohibición legal expresa. Esta falta de prohibición quedaría reflejada en el hecho de que no se conoce ninguna condena por practicar la sodomía, algo que sí ocurre en otras culturas antiguas. Pero no debemos olvidar que el hecho de que aparezca en las confesiones del Libro de los Muertos como una de las acciones que el difunto afirma no haber realizado en su vida nos indica que las relaciones homosexuales estaban entre las actividades a evitar si se quería acceder a la vida en el más allá.

Por otro lado, no parece que la sociedad en general viera este tipo de relaciones como algo extraño y degenerado, sino que todo indica que sería una práctica socialmente aceptada.



29.- Conocido ostracón que representa a una bailarina semi-desnuda en acción. Hay investigadores que consideran que algunas de estas bailarinas serían también prostitutas, que además de exhibir sus bailes venderían sus cuerpos.

Posiblemente proceda de Deir el Medina. Museo Egipcio de Turín.

9.- La prostitución

La prostitución existió en el Antiguo Egipto del mismo modo que existió en la inmensa mayoría de culturas del Mediterráneo antiguo, y eso es algo que ha quedado reflejado en diversas fuentes, principalmente escritas.

Una de las más conocidas referencias a la prostitución en el País del Nilo nos remite al historiador griego Herodoto, que vivió en el siglo V a.C., y que nos cuenta que el faraón Keops (siglo XXVI a.C.), ante la necesidad de dinero para terminar su pirámide, obligó a una de sus hijas a trabajar

en un prostíbulo hasta que consiguiera una suma determinada. Lógicamente estamos ante un burdo intento de ataque hacia la figura de este rey al que Herodoto no tenía demasiado cariño, ya que lo consideraba un tirano y un criminal. Pero el hecho de que mencione esta actividad nos indica que era una práctica real y conocida en aquel momento que, recordemos, es anterior a la conquista griega. Por cierto, parece que la hija de Keops descubrió lo rentable que era el negocio o le cogió afición a la cosa, porque según Herodoto la buena muchacha continuó trabajando en el lupanar tras reunir la cantidad pedida por su padre, pero a partir de ese momento para ella misma, ya que exigía a cada uno de sus clientes que pagara una piedra para su propia tumba. De acuerdo con el historiador griego, con esta actividad la chica se habría construido la pirámide central de las tres que hay junto a la de Keops.

No son pocos los investigadores convencidos de que el famoso papiro de Turín nos muestra escenas desarrolladas en el interior de un burdel, o al menos la protagonista sería una prostituta, algo que quedaría en evidencia ante la innegable habilidad de la mujer o mujeres representadas en los dibujos, que apuntan a una profesional en el sector.

Algunos estudiosos consideran que las imágenes representadas en algunas escenas donde aparecen mujeres que presentan tatuajes del dios Bes en sus muslos se corresponderían en realidad con prostitutas.

También encontramos algunos textos donde se previene a los hombres de buscar la compañía de prostitutas, por ejemplo el papiro 10508 del Museo Británico, de época tardía y que recoge la Instrucción de Ankhsheshonq, nos dice lo siguiente:

“Aquel que hace el amor a una mujer de la calle tendrá su talega cortada y abierta de un lado”

Mucho se ha hablado de la posible existencia de prostitución sagrada en los templos egipcios, pero lo cierto es que no hay pruebas claras y evidentes de ello, es más, los autores antiguos se contradicen.

Por una parte Estrabón (64 a.C.-21 d.C.) menciona la práctica de la prostitución en el templo de Amón:

“Consagraban a Zeus (Amón) a una de las chicas más bellas y de más ilustre familia... Se convertía en prostituta y mantenía relaciones con todo aquel con el que ella quisiera hasta que tuviera lugar la purificación de su cuerpo (hasta que tuviera su primera menstruación)”.

Pero por otro lado contamos también con las palabras de Herodoto, que nos cuenta que entre las cosas que le llamaron la atención de los egipcios estaba el hecho de que prohibieron mantener relaciones sexuales en los templos, lo que nos indicaría que la prostitución sagrada estaba prohibida, ya que normalmente esta se practicaba en el interior de los recintos sagrados.

En la misma línea está lo recogido en el Libro de los Muertos, en una de cuyas “confesiones negativas” dice “yo no he mantenido relaciones con ninguna mujer en los lugares sagrados del dios de mi ciudad”.

Esta aparente contradicción entre Estrabón y Herodoto podría no ser tal, ya que no debemos olvidar que entre estos dos autores hay cuatro siglos de diferencia, y que cuando Estrabón escribe, ya en el cambio de era, Egipto es una provincia romana y serían muchas las costumbres que habrían cambiado adaptándose a sus nuevos amos.



30.- Estela que representa a Akenatón y su esposa Nefertiti (XVIII dinastía). En este relieve podemos ver las delicadas muestras de cariño que el rey dedica a su esposa, un detalle típico del arte del periodo de Amarna, muy alejado de la rígida estética oficial propia del resto de la historia egipcia. Museo de Berlín.

10.- Poesía erótica

La poesía amoroso/erótica egipcia tiene una enorme importancia para los investigadores actuales, ya que nos permite tener una visión de primera mano de cómo eran las relaciones amorosas hace más de tres mil años, cuáles eran los sentimientos de aquellos hombre y mujeres que anhelaban estar juntos y disfrutar de su amor como cualquier pareja de hoy en día. Algo que ha llamado la atención de los investigadores es la

frescura y la modernidad de estos poemas, que florecieron sobre todo en época ramésida (aprox. del 1291 al 1069 a.C.).

Aunque los hay protagonizados por parejas casadas, por lo general parecen referirse a relaciones amorosas entre novios adolescentes, ya que es frecuente que se haga mención a que los amantes viven en casas separadas, algo ilógico si estuvieran casados.

Estas obras literarias son conocidas en occidente desde finales del siglo XIX, y están recogidas en casi una treintena de papiros y *ostraca*, que contienen cerca de 80 poemas o canciones, ya que parece demostrado que al menos una parte de estos textos habrían sido compuestos para ser cantados, no recitados.

La inmensa mayoría de los poemas conocidos proceden del asentamiento de Deir el Medina, el poblado de los constructores de las tumbas del Valle de los Reyes.

El contenido y tono puede ir desde el amor más platónico y romántico al deseo sexual directo, y los autores de los mismos pueden ser indistintamente hombres o mujeres, sin que haya muchas diferencias en la forma de abordar el tema, ya que ambos muestran sin tapujos el deseo de estar junto al otro y en muchos casos las referencias sexuales son expuestas abiertamente. Algunos autores incluso señalan que aquellos narrados desde el punto de vista femenino son más directos que los narrados por hombres.

Hay ejemplos que nos llaman la atención por la original forma de abordar el tema, como el de este *ostracón* que se conserva en el Instituto Francés de Arqueología Oriental de El Cairo:

“Cuando la beso y sus labios están abierto,
estoy ebrio incluso sin haber bebido cerveza”
(*Ostracón* Cairo 25218, 15-16)

En el siguiente ejemplo una mujer provoca de forma clara el deseo de su amado:

“Te acompaño, mi dios, esposo mío.
Es delicioso bajar al río
y hacer lo que me pides:
entrar al agua, bañarme frente a ti.
Te dejo ver mi belleza
bajo el lino delgado de la túnica,
empapada en esencias,

impregnada de aceites.
Por estar contigo
me sumerjo en el río y salgo
con un pez rojo en las manos.
Es feliz entre mis dedos.
Me lo pongo sobre mis pechos.
Oh mi dios, esposo mío
ven, y mira.” (Ostracón Deir el Medina 1266. Traducción Francisco Segovia a partir de Manniche)

En este otro poema es un hombre el que muestra la total devoción hacia su amada, junto a la que quiere estar en todo momento, llegando a desear ser sus sandalias para ser pisado por sus pies. Hoy a este enamorado se le consideraría un claro ejemplo de fetichista o incluso un amante de la dominación:

“Me gustaría ser tu espejo,
así siempre me mirarías.
Me gustaría ser tu ropa,
así siempre me llevarías puesto.
Me gustaría ser el agua que
lava tu cuerpo.
Me gustaría ser el ungüento,
oh mujer,
así podría ungirte,
y la banda alrededor de tus pechos.
Me gustaría ser tus sandalias,
Para que pudieras pisarme” (Papiro Anakreon)

Aquí otra muestra de amor y total entrega de un amante:

“Ella es una mujer como no hay otra igual.
Es más bonita que ninguna otra.
Mira, es una diosa estrella naciente
al principio de un feliz año nuevo;
brillantemente blanca, de piel brillante;
con preciosos ojos para mirar,
con dulces labios para hablar” (Papiro Chester Beatty I, Dublín)

En el papiro Harris 500 encontramos otro poema protagonizado por

una mujer que no tiene problemas en mostrar un deseo plenamente sexual por su amado:

“Si alguna vez, mi amado, yo no debiese estar aquí,
¿dónde ofrecerías tu corazón?
Si yo no pudiera estrecharte a mi lado,
¿cómo conocerías otra vez la satisfacción del amor?
¿Seguirían tus dedos las líneas de mis muslos, conocerían
la curva de mis pechos, y lo demás?
Está todo aquí, amor, rápidamente, descubierto (...)
Aquí, pega mi seno a ti.
Tuya, mi ofrenda, llena como el amor que yo te doy,
rebosante, sin final (...)
¡Qué espléndido es un día completo hecho puro por el amor
(estando en contacto cara a cara)!
¡Mi corazón no está saciado todavía de hacer el amor contigo,
mi (pequeño) lobezo!

Como vemos, estos poemas tienen una total vigencia y pudieran haber sido escritos hoy mismo por cualquier amante o poeta actual, lo que nos muestra lo poco que han cambiado los sentimientos amorosos y la forma de expresarlos a pesar de los milenios transcurridos.



31.- Fragmento de un relieve pintado de época ptolemaica que representa a una pareja copulando con ambos amantes tendidos de lado. Museo de Brooklyn (Nueva York).

11.- Conclusión

Como hemos visto, la realidad que vamos conociendo difiere en buena medida de los estereotipos que la mayoría de la gente tiene sobre lo que sería la sexualidad entre los antiguos egipcios. Esa sensualidad que nos transmiten muchas de sus imágenes, con mujeres desnudas o cubiertas apenas con unas transparencias que enseñan más de lo que

tapan, no vienen acompañadas luego con escenas de sexo explícito, que son realmente escasas en el arte egipcio, y circunscritas por regla general al mundo de los dioses.

También es cierto que con seguridad las muestras de arte erótico serían originariamente mucho más abundantes, que papiros como el de Turín no serían una rareza y en los monumentos los dioses itifálicos se contarían quizá por centenares, pero la ignorancia y la intransigencia de algunos decidieron que eran imágenes obscenas y degeneradas que no merecían pasar a la posteridad, con lo que fueron destruidas.

Aún así no debemos perder las esperanzas de localizar nuevas piezas de esta temática en las excavaciones que siguen desarrollándose por todo Egipto, y también es muy posible que reaparezcan obras que en su momento fueron a parar directamente a colecciones privadas porque sus descubridores o, con más frecuencia, las autoridades de la época, decidieron que no eran piezas aptas para exhibirse en las vitrinas de un museo serio. Esto es algo que se puede comprobar fácilmente con tan solo echar un vistazo a los catálogos de las casas de subastas más prestigiosas, en las que no es raro que aparezcan este tipo de piezas, sobre todo de época ptolemaica (y que por cierto alcanzan muy buenos precios).

Con seguridad son también muchas las piezas que siguen durmiendo su sueño de siglos en cajas cubiertas de polvo, olvidadas desde hace décadas en el último rincón de los almacenes de más de un museo, esperando que cualquier día alguien las rescate y las devuelva al lugar que les corresponde, las vitrinas en las que han de mostrarse todos los aspectos de la vida humana, sean estos los que sean.

Es por eso que estoy convencido de que el conocimiento del mundo del sexo y el erotismo entre los antiguos egipcios no va a dejar de aumentar con nuevas piezas y nuevos estudios de los investigadores, que a día de hoy siguen trabajando para arrojar nueva luz sobre una de las facetas más interesantes y menos conocidas de la apasionante civilización de los hijos del Nilo.

Bibliografía

- Baines, J. y Málek, J. Egipto. Dioses, templos y faraones. Folio, Madrid. 1992.
- Brewer, D.J. y Teeter, E. Egypt and the Egyptians. Cambridge University Press, 2001.
- Leaspo, E. y Tosi, M. La donna nell'antico Egitto. Giunti, 1997
- Manniche L. Sexual Life in Ancient Egypt. KPI, London/New York. 1987
- Meskell, L. Private Life in New Kingdom Egypt. Princeton University Press. Princeton. 2002.
- Montserrat, D. Sex and Society in Graeco-Roman Egypt. Kegan Paul, London and New York. 1996.
- O'Connor, D. "Eros in Egypt", Archaeology Odyssey, 5, pp.42-51. 2001
- Omlin J. Der Papyrus 55001 und seine satirisch-erotischen Zeichnungen und Inschriften Turin 21. Berlin Akademik Verlag: Berlin.1973.
- Orriols, M. "Léxico e iconografía erótica del antiguo Egipto. El coito a tergo", Trabajos de Egiptología, 5/2, pp. 123-137. 2009.
- Orriols, M. "Mujer ideal, mujer infractora. La trasgresión femenina en el Antiguo Egipto". Lectora, 18, pp. 17-40. 2012.
- Parra, J.M. "La violencia doméstica en el Egipto Antiguo". Trabajos de Egiptología, 5-2. 2009.
- Parra, J.M. Vida amorosa en el antiguo Egipto. Sexo, matrimonio y erotismo. Aldebarán, Madrid. 2001.
- Reeder, Greg. "Same-Sex Desire, Conyugal Constructs, and the tomb of Niankhkhnum and Khnumhotep", World Archaeology, 32/2, Oct. 2000, p. 193-208.
- Schmidt, R.A. y Voss, B. (eds). Archaeologies of Sexuality. Routledge. London and New York. 2000.
- Shokeir, A.A. y Hussein, M.I. "Sexual Life in Pharaonic Egypt: Towards a Urological View". International Journal of Impotence Research. 16, pp. 385-388. 2004.
- Stead, M. La vida en el Antiguo Egipto. Akal, 1998.
- Strouhal, E. La vida en el Antiguo Egipto. Folio, 2005.

- Sweeney, D. "Gender and Language in the Ramesside Love Songs".
BES, 16, pp. 27-50. 2002.

- Toivari-Viitala, J. Women at Deir el Medina. A Study of the Status
and Roles of the Female Inhabitants in the Workmen's Community during
the Ramesside Period (Egyptologische Uitgaven 15), Leiden,
Neerlands Instituut voor het nabijeosten.

Créditos imágenes:

Michael Horn: 0; Museo Británico de Londres: 1, 3, 4 dcha., 15 y 21;
Laura Parker: 2; Henry Walters: 6; Iovani Russo: 7; Lisa Watson: 11;
Ismail Yazar: 17; Justin Howard: 27; Yasir Mushtaq: 26; Marisa Levoni: 29;
Ferdinand Mamoulian: 30.

